



XXXVII

SEMANA DE ESTUDIOS
MEDIEVALES

ESTELLA

19-23
JULIO 2010



Gobierno
de Navarra

Las Navas de Tolosa, ¿un punto de inflexión en las dinámicas históricas peninsulares?

FRANCISCO GARCÍA FITZ



Ilustración: Francisco García Fitz

1212-1214:

EL TRIENIO QUE HIZO A EUROPA

PAMPLONA 2011

Las Navas de Tolosa, ¿un punto de inflexión en las dinámicas históricas peninsulares?*

Francisco García Fitz

El 16 de julio de 1212, un ejército cruzado encabezado por Alfonso VIII de Castilla y reforzado con la presencia de Pedro II de Aragón y de Sancho VII de Navarra, se enfrentaba en las estribaciones de Sierra Morena a un contingente islámico dirigido por el califa almohade, Abū ‘Abd Allāh Muḥammad al-Nāsir e integrado por fuerzas norteafricanas y andalusíes. Aquel choque campal sería conocido en las fuentes de la época como la batalla de Úbeda, la batalla del Muradal o la batalla de *Hisn al-‘Iqāb* —de *Las Cuestas*— entre otras denominaciones, pero acabaría consagrándose hasta nuestros días como la batalla de *Las Navas de Tolosa*.

Desde el mismo momento en que tuvo lugar aquella gran colisión, tanto los contemporáneos de uno y otro bando, como sus herederos de las generaciones inmediatas y aún los de los siglos siguientes, tuvieron la convicción de que lo ocurrido aquel día había sido un acontecimiento histórico, un hecho extraordinario llamado a tener una influencia determinante en el transcurrir de determinadas dinámicas históricas que venían desarrollándose en la Península Ibérica desde tiempo atrás y que, como consecuencia directa de la batalla, tomarían un rumbo no sólo distinto, sino también permanente e irreversible.

Los desarrollos históricos que supuestamente se vieron modificados a raíz del choque campal de Las Navas serían, básicamente, aquellos relacionados con el pulso militar y territorial que cristianos y musulmanes sostenían en el ámbito hispánico al menos desde el siglo xi, un conflicto secular que encontraría en aquella batalla un punto de inflexión, un hito que señalaría, ni más ni menos, que la definitiva imposición de una parte sobre la otra.

* Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación FFI2009-11162 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Sumariamente, pues, lo que viene a sostenerse es que la batalla de Las Navas de Tolosa representaría un giro histórico radical, en el sentido de que si, desde mediados del siglo xi hasta 1212 se asiste a un enfrentamiento no decidido, de futuro incierto, titubeante en sus resultados, donde los avances y retrocesos, las victorias y las derrotas se suceden de manera alternante y siempre de forma provisional, a partir de entonces y como consecuencia directa del resultado de aquella desmesurada y extraordinaria colisión, se abriría el tiempo de la gran y definitiva expansión de los núcleos políticos cristianos y, consecuentemente, la fase de arrinconamiento y desaparición del Islam andalusí.

Esta percepción del acontecimiento bélico y de sus secuelas está relacionada con un concepto o con una idea muy querida por la historiografía occidental, a la que con cierta frecuencia se acude para explicar un cambio drástico o una ruptura dramática en la evolución de determinadas tendencias históricas: el de la «batalla decisiva»¹.

Ciertamente, el significado de este concepto no es unívoco y admite empleos distintos². Así, la idea de que una determinada batalla es decisiva puede utilizarse simplemente para aludir a lo inequívoco de su resultado: cuando en una colisión campal una parte vence a la otra de manera rotunda e indudable se considera que la batalla es decisiva, siquiera sea porque uno de los contendientes ha impuesto nitidamente su decisión, su voluntad o su poder sobre su adversario. Teniendo en cuenta esta acepción del concepto, está claro que en el caso que nos ocupa, Las Navas de Tolosa, nos encontraríamos ante una batalla decisiva: todos los testigos y todos los relatos históricos posteriores, tanto los elaborados por los vencedores como los procedentes del ámbito cultural de los vencidos, confirman el rotundo triunfo del ejército cruzado y la derrota sin paliativo de los efectivos islámicos. Sólo el califa almohade intentó disfrazar su fracaso difundiendo una carta, dirigida a los habitantes de las principales ciudades de su imperio, en la que sostenía que los «los musulmanes quedaron con los flancos honrados

1. Hemos tomado como hilo conductor de la presente aportación la reflexión con la que, «a modo de conclusión», culminamos nuestra monografía sobre Las Navas de Tolosa, Barcelona, 2005 –pp. 537-546–, en la que precisamente nos preguntábamos acerca del carácter «decisivo» de aquella batalla –*Las Navas, ¿una batalla decisiva?* A partir de aquellas consideraciones hemos procurado matizar y completar determinados aspectos relacionados con el núcleo de nuestra propuesta.

2. Sobre esta cuestión hacemos nuestras y seguimos en los siguientes párrafos –aplicadas a las Las Navas de Tolosa– las reflexiones realizadas por S. Morillo en relación con la batalla de Hastings, en «Introduction», MORILLO, Stephen (ed.), *The Battle of Hastings. Sources and Interpretations*, Woodbridge, 1996, pp. XV-XVII.

y con sus escuadrones protegidos por el decreto de Dios; no dañó la guerra a nadie de ellos ni disminuyó su número... no perdieron los almohades un muerto ni fueron alcanzados ni mucho ni poco». Aún así, ni siquiera él mismo parece creerse su propia propaganda cuando al mismo tiempo calificaba a lo sucedido de «derrota» y «calamidad» y se veía obligado a instar a los musulmanes a esperar «la vuelta del desquite contra los infieles y los socorros contra ellos con los soldados de Dios», y a apelar a la certeza de que Dios no abandonará a los fieles frente a los infieles —«Dios no ha dejado a los creyentes hasta coger a sus enemigos en una cogida cruel y no deja Dios a los infieles camino contra los creyentes»—³.

Desde otro punto de vista, la historiografía también se muestra dispuesta a otorgar la consideración de decisiva a aquella batalla cuyo resultado pone fin de manera definitiva a un conflicto militar iniciado tiempo atrás, de modo que el choque campal representaría el encuentro determinante que cierra la guerra. Parafraseando un conocido dicho, aunque en sentido contrario a su contenido habitual, en este caso podría decirse que ganar una batalla decisiva significaría ganar una guerra. Por mucho que, como tendremos ocasión de comentar, se haya insistido en que Las Navas fue un encuentro decisivo precisamente desde este punto de vista, lo cierto es que en aquella jornada no se puso final a ningún conflicto: no, desde luego, al que venía enfrentando a cristianos y musulmanes sobre el solar ibérico desde hacía siglos, sobre el que no hace falta recordar que no terminaría hasta finales del siglo xv —o aún más tarde si tomamos en consideración la cuestión morisca—, pero tampoco al más específico emprendido a mediados del siglo xii contra el imperio almohade, por cuanto que este combate se prolongaría durante más de década y media. Bajo esta interpretación de la idea de «batalla decisiva», difícilmente podría sostenerse que las Navas lo fue.

No obstante, aquel concepto, el de «batalla decisiva», tiene también otra connotación más genuina y trascendente en términos históricos, y que resulta esencial a la hora de reflexionar en torno al significado del choque de 1212 y sobre la que nos gustaría detenernos. De manera muy extendida, la historiografía suele considerar como decisivas para el desarrollo de la Historia a aquellos encuentros que tienen consecuencias políticas, socioeconómicas o aun culturales muy importantes a medio y largo

3. IBN ʿIDĀRI AL-MARRĀKĪŠĪ, *Al-Bayān al-mugrib fi ijtīār ajbār muluk al-Andalus wa al-Magrib*, ed. y trad. Ambrosio Huici Miranda, tomo I, *Los almohades*, Tetuán, 1953, p. 273 [en adelante: *Al-Bayan I*].

plazo. Por utilizar las palabras de un conocido historiador de la guerra, las batallas verdaderamente decisivas serían aquellas cuyos resultados causan «algún cambio real en la dirección de los asuntos humanos lejos del campo de batalla, provocando la caída de un poder hasta entonces dominante, poniendo fin a una ola irresistible hasta ese momento de expansión imperial, derribando un sistema político, cortando en seco la carrera de un héroe conquistador»⁴, es decir, serían aquellas que marcan un punto de inflexión en una dinámica histórica determinada. Pues bien, es desde este punto de vista desde el que en muchas ocasiones se ha considerado que Las Navas fue un acontecimiento militar de esta categoría.

Dando por supuesto que realmente hubiera sido así, es decir, suponiendo que aquella batalla realmente provocara un cambio en la dirección del transcurrir histórico, resultaría necesario establecer el carácter o la forma de sus efectos, la naturaleza y la magnitud de sus consecuencias, el sentido de aquel giro. En definitiva, el historiador que pretenda evaluar con rigor el significado histórico de aquel acontecimiento, no puede sino preguntarse qué cambió, qué sistema o poder político se hundió o se convirtió en predominante, qué fuerza expansiva fue detenida o cuál vino a imponerse, en resumidas cuentas y por lo que a nuestro tema atañe, porqué y en qué medida puede entenderse que la batalla de las Navas fue decisiva. Ciertamente estas preguntas pueden resultar obvias pero son obligadas, siquiera sea porque no todos los que han considerado que las Navas de Tolosa fue «la batalla decisiva» se han detenido a explicar porqué o para qué lo fue⁵.

Quienes en algún momento, desde aquel lejano estío de 1212 hasta nuestros días, han subrayado con trazo grueso la enorme trascendencia de aquel choque, han ofrecido variadas respuestas a las anteriores cuestiones y sus matices pueden resultar muy relevantes en orden a juzgar la distinta magnitud que cada autor le confiere a aquel giro histórico.

Quizás la interpretación más extendida, y también la más moderada, sea aquella que sostiene que la batalla de las Navas fue decisiva porque puso fin a toda una etapa histórica en las relaciones entre cristianos y musulmanes en la Península Ibérica, la de la dominación de los almohades en al-Andalus. Desde este punto de vista, el período que se había iniciado a mediados del XII con la irrupción de aquellos en el solar hispánico —una etapa fundamental durante la cual la expansión protagonizada por los primeros no sólo se vio frenada, sino que acusó un fuerte retroceso en algu-

4. KEEGAN, John, *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990, p. 366.

5. LOMAX, Derek, *La reconquista*, Barcelona, pp. 162-168.

nos ámbitos— se vio bruscamente interrumpido como consecuencia directa de la batalla. Con mayor o menor contundencia, lo que viene a decirse es que el choque acabó, en la práctica y en un plazo más corto que largo, con el imperio norteafricano, o cuanto menos que fue la causa inmediata de su decadencia.

Tres décadas después de un acontecimiento en el que había tomado parte y del que había sido protagonista activo y principal, Rodrigo Jiménez de Rada tenía pocas dudas sobre la consecuencia de aquel choque: «esta batalla [afirma con contundencia] fue el origen del hundimiento y la aniquilación de los almohades» —«uictoria discensionis et exterminii Almohadibus causam dedit»—. Pasados apenas unos años, hacia 1250, un abad de Sahagún, Guillermo Pérez de la Calzada recogía la idea de que Alfonso VIII había humillado a la perfidia del califa, acabado con sus reyes y nobles y que, desde entonces, «gens impia caput non leuauit». En esta última línea, repitiendo una expresión casi idéntica, los compiladores alfonsíes se mostraban prudentes a la hora de establecer una relación causa-efecto entre la batalla y la desaparición del imperio almohade y se limitaban a señalar que, a partir de entonces, los norteafricanos perdieron el ímpetu y la capacidad de reacción militar, o dicho con sus propias palabras, quedaron «tan crebrantados que nunca despues cabeşca alçaron en Espanna... Et assi fue, que, loado a Dios, nunca despues tornaron cabeşca contra cristianos, nin fizieron y que nada fuesse como ante solie seer». No obstante, al incluir en el texto una traducción literal de las palabras del arzobispo de Toledo, no dejaban tampoco de indicar que «este rey don Alffonssso [Alfonso VIII] dio achaque et razon a los almohades, que eran estonces ell alteza del sennorio en Affrica, de seer esparcidos et desterrados»⁶.

Los cronistas musulmanes del siglo xiv apreciaron el fenómeno de una manera muy parecida y desde luego coinciden con las ya indicadas: para al-Himyarí, por ejemplo, «este desastre fue el primer signo de debilidad que se manifestó entre los almohades», y considera que el golpe debió de ser los suficientemente impactante como para paralizar la maquinaria militar

6. JIMENEZ DE RADA, Rodrigo, *Historia de Rebus Hispanie sive Historia Gótica*, ed. Juan Fernández Valverde, Turnholt, 1987, Lib. VII, cap. X [citamos por la traducción al castellano, JIMENEZ DE RADA, Rodrigo, *Historia de los hechos de España*, ed. y trad. Juan Fernández Valverde, Madrid, 1989] [en adelante: *HRH*]; PÉREZ DE LA CALZADA, Guillermo, *Rithmi de Iulia Romula seu Ispalense Urbe*, ed. Juan Gil Fernández y Diego Catalá en «Guillelmi Petri de Calciata: Rithmi de Iulia Romula seu Ispalensi Urbe (a. 1250)», *Anuario de Estudios Medievales*, 5, 1968, estrofa 42, p. 552; *Primera Crónica General*, ed. Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1977, cap. 979, p. 659 [en adelante: *PCG*].

norteafricana, puesto inmediatamente después afirma que «en adelante, las gentes del Magreb no se encontraron ya dispuestas a emprender exhibiciones [*sic*, por expediciones]. Y parecida opinión expresa Ibn Abi Zar', para quien los unitarios fueron «enérgicos, sensatos y religiosos, hasta que sucedió el desastre del Castillo de la Cuesta —Las Navas— y comenzó su imperio a deshacerse»⁷.

Esta interpretación de las consecuencias de las Navas encontrará un amplísimo eco en la historiografía posterior. Centrándonos exclusivamente en algunos autores y títulos recientes, bastaría recordar la frecuencia con la que aparecen expresiones que consideran que la batalla «señala de final del Imperio Almohade en la Península», o que «se tradujo en el hundimiento casi definitivo del imperio almohade», que «supuso la descomposición de la presencia almohade en al-Andalus», que «el imperio almohade se desintegró a raíz de la derrota sufrida», que los reinos del norte «en 1212 liquidan el militarismo almohade», que «supuso el principio del fin del imperio Almohade» o que «la batalla que abrió a los reinos del norte el camino del sur se libró en 1212, cerca de Despeñaperros, donde guerreros venidos del otro lado de los Pirineos y soldados de las tierras de Castilla, Aragón y Navarra enterraron para siempre la amenaza almohade»⁸.

Un segundo círculo de consecuencias, más amplio que el anterior, o, si se quiere, una honda expansiva de más largo radio, es señalado por todos aquellos autores que sostienen que lo que entra en quiebra a raíz de la batalla las Navas no es sólo el imperio almohade, sino la presencia misma del Islam en al-Andalus. Es evidente que, en estas interpretaciones, el alcance del choque campal resulta considerablemente más amplio que en las anteriores, de modo que el significado del encuentro, la magnitud del giro o la transcendencia de la inflexión histórica causada por Las Navas se acrecienta notablemente. De nuevo, estas opiniones se fundamentan en apreciaciones forjadas poco tiempo después del choque: por ejemplo, cincuenta años después del acontecimiento, hacia 1262 o 1263, los obispos

7. AL-HIMYARI, *Kitāb ar-Rawd al-miftār fī habar al-aktār*, traducción de M^a Pilar Maestro González, Valencia, 1963, pp. 279-280; IBN ABÍ ZAR', *Rawd al-qirās*, traducido y anotado por Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1964, p. 537.

8. TORRES DELGADO, Cristóbal, *El antiguo reino nazzari de Granada (1232-1340)*, Granada, 1974, p. 62; VALDEÓN BARUQUE, Julio, *La reconquista. El concepto de España: unidad y diversidad*, Madrid, 2006, p. 112; VALDEÓN BARUQUE, Julio, *Cristianos, judíos y musulmanes*, Barcelona, 2007, pp. 61 y 85; GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando y GONZÁLEZ VESGA, José Manuel, *Breve historia de España*, Madrid, 2004 (1^a ed. 1994), p. 189; CORRAL, José Luis, *Una historia de España*, Barcelona, 2008, p. 288; GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando, *Atlas de Historia de España*, Barcelona, 2005, p. 201

castellano-leoneses que se dirigían al Papa pidiéndole la exención del pago de subsidios destinados a la restauración del Imperio Latino de Constantinopla, se mostraban convencidos de que, tras más de 500 años de guerra contra los musulmanes en España —una guerra que todavía duraba—, el triunfo de Alfonso VIII en la batalla campal había supuesto que, desde entonces, la fe católica prevaleciera frente al Islam en la península: «et ab illo tempore in antea cepit in partibus illis fides catholica prevalere». La lucha, reconocían, continuó en los años siguientes: Fernando III dedicó toda su vida a conquistar las tierras de los sarracenos y no menor era el mérito de Alfonso X, pero la inflexión que había implicado la progresiva sumisión de los musulmanes se había producido en las Navas⁹.

Entre los autores medievales esta perspectiva es sostenida sobre todo por los cronistas musulmanes del siglo xiv. Quizás la distancia temporal respecto al acontecimiento les permitía apreciar que lo que parecía haberse hundido en las Navas era algo más que el poder almohade: a esas alturas Aragón había conquistado Mallorca y Valencia, León y Castilla se habían extendido por tierras de la actual Extremadura, Murcia y el valle del Guadalquivir, y Portugal había incorporado el Algarbe. La batalla no sólo había acabado con los unitarios, sino que había causado el hundimiento de todo el Islam peninsular. Con un fatalismo palpable, Ibn Iḍā rī sentenciaba: «este año fue la batalla de al-'Uqāb, causa de la ruina de al-Andalus hasta ahora»¹⁰.

Ibn Abī Zar', un contemporáneo de la posterior reacción meriní, todavía tenía esperanzas de que este nuevo poder norteafricano pudiera recomponer la situación y llevarla a la situación anterior a 1212, pero su diagnóstico sobre lo que había ocurrido después de las Navas era rotundo: «Fue esta terrible calamidad el lunes 15 de safar del 609 (16 de julio de 1212); comenzó a decaer el poder de los musulmanes en al-Andalus, desde esta derrota, y no alcanzaron ya victorias sus banderas; el enemigo se extendió por ella y se apoderó de sus castillos y de la mayoría de sus tierras, y aún hubiera llegado a conquistarla toda, si Dios no le hubiese concedido el socorro del emir de los musulmanes Abū Yūsuf ben 'Abd al-Hāqq [el emir benimerí que protagonizó las incursiones de 1275], que restauró sus ruinas, reedificó sus alminares y devastó en sus expediciones el país de los infieles. De vuelta de Hisn al-'Iqāb fue Alfonso contra la

9. BENITO RUANO, Eloy, «La iglesia española ante la caída del Imperio Latino de Constantinopla», *Hispania Sacra*, IX, 1958, pp. 12-13.

10. *al-Bayān*, I, p. 269.

ciudad de Ubeda, y la ganó a los musulmanes por asalto, matando a sus habitantes, grandes y pequeños, y así siguió [el cronista parece referirse ahora a Fernando III y Alfonso X] conquistando al-Andalus, ciudad tras ciudad, hasta apoderarse de todas las capitales, no quedando en manos de los musulmanes sino muy poco poder. Sólo le impidió apoderarse de este resto de botín la protección divina por medio de la dinastía de los benimerines»¹¹.

Muchas décadas más tarde, ya sin esperanza alguna de recuperación, Al-Makkari agrandaba aún más los efectos de la catástrofe provocada por la derrota y los extendía no ya sólo sobre el Islam andalusí, sino sobre todo el Islam occidental, incluyendo el magrebí: según su testimonio, el resultado de la batalla fue «que la mayor parte del Magreb quedó desierto y que los francos conquistaron la mayor parte de al-Andalus... esta derrota puede ser considerada —concluye— como la causa real de la subsiguiente decadencia del África occidental y de al-Andalus: del primero porque las pérdidas sufridas en la batalla fueron tan grandes que sus distritos y ciudades quedaron casi despoblados; de al-Andalus, porque el enemigo de Dios quedó así en condiciones de extender sus conquistas»¹².

Un salto de cuatro o cinco siglos permite comprobar que algunas interpretaciones historiográficas en torno a la jornada del 16 de julio de 1212 siguen manteniéndose en estos mismos parámetros, convirtiendo esta fecha en un fatídico o jubiloso gozne —según para quién— en torno al que bascula toda la historia de las relaciones entre cristianos y musulmanes peninsulares: «antes de la campaña que con ella finalizó [sostiene Vara Thorbeck en una reciente monografía sobre las Navas] existía únicamente un débil poder militar cristiano arrinconado en el Norte peninsular, tanto la toma de Toledo como algunas atrevidas expediciones que llegaron hasta Andalucía fueron hechos esporádicos. Después de las Navas, no existe por el contrario en el campo musulmán una potencia suficientemente poderosa que pueda oponerse a sus contrarios, por lo que la decadencia política y militar del pueblo musulmán se convirtió en una realidad bien patente a partir de aquella fecha»¹³.

Por muchas razones, insiste en esta idea Julián Marías en su célebre ensayo sobre la historia de España, los «cambios decisivos en el equilibrio peninsular» [en el equilibrio entre poderes musulmanes y reinos cristianos],

11. *Rawd al-qirtās*, pp. 467-468.

12. AHMED IBN MOHAMMED AL-MAKKARÍ, *The History of the Mohammedan Dynasties in Spain*, trad. Pascual de Gayangos, 2 vols., Londres, 1840, vol. II, pp. 323-324.

13. VARA THORBECK, Carlos, *El Lunes de Las Navas*, Jaén, 1999. p. 392.

que se aprecian en el transcurso de los XI, XII y XIII, presentan una «divisoria de aguas en la batallas de Las Navas de Tolosa (1212)», y una de aquellas razones radica en que «la derrota de los almohades significa el final de toda posible prepotencia islámica». Y la misma lógica parece aplicar otro autor, esta vez un medievalista de reconocido prestigio, Robert I. Burns, cuando sostenía que aquella batalla «precipitó la caída almohade. Con ella se iniciaron las intrigas y el faccionalismo que deshizo en pedazos el Islam occidental, posibilitó prácticamente la total reconquista de al-Andalus por los cristianos y convirtió al norte de África en un campo abonado para la explotación comercial de los reinos cristianos»¹⁴.

Está claro que hay un antes y después del choque, convertido entonces en punto de referencia inexcusable para la ordenación comprensible del transcurrir histórico del medievo hispano. «De vez en cuando [afirmaba Domínguez Ortiz desde su magisterio] hay que plantear algún hito cronológico en la narración no sólo como recurso pedagógico, sino para esclarecer la lógica interna de los hechos y la trama que une acontecimientos en apariencia independientes», y uno de esos hitos que sirve para estructurar la historia medieval hispana es, precisamente, 1212, porque fue entonces, en las Navas de Tolosa, cuando los cristianos alcanzaron una «victoria que liquidaba virtualmente el poderío del Islam en España». O porque, como diría, con igual contundencia, otro especialista en el período, aquella fue «a decisive battle that spelled the eventual ruin of Islamic Spain»¹⁵.

Por supuesto, como ya se apunta en algunos de los textos que hemos comentado, si la batalla de las Navas tuvo unos efectos tan concluyentes sobre el imperio almohade o sobre al-Andalus, necesariamente hubo de tenerlos también, como si una imagen de espejo se tratase, sobre los reinos cristianos peninsulares, y en particular sobre el destino de su largo conflicto contra los musulmanes: «la batalla más decisiva de ocho siglos de reconquista», es el expresivo título dado por el más reciente biógrafo de Alfonso VIII al capítulo dedicado a las Navas¹⁶.

14. MARIAS, Julián, *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Madrid, 1985, p. 125; BURNS, Robert I., «Castillos de Razón, Castillos de Fuerza: los mundos de Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador», en Robert I. Burns, *Los mundos de Alfonso el Sabio y Jaime el Conquistador. Razón y fuerza en la Edad Media*, Valencia, 1990, p. 28.

15. DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *España. Tres milenios de historia*, Madrid, 2001, pp. 91-92; O'CALLAGHAN, Joseph F., *Reconquest and Crusade in Medieval Spain*, Philadelphia, 2003, p. 50.

16. MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *Alfonso VIII, rey de Castilla y Toledo*, Burgos, 1995, cap. XI.

Claro que, por extensión, las consecuencias de la batalla inciden sobre todo el desarrollo histórico español: «la batalla de Las Navas de Tolosa —ha sentenciado Ruiz-Doménec— es el punto crucial de este momento [las primeras décadas del siglo XIII], un auténtico eje sobre el que girará la historia de la Península Ibérica»¹⁷. Y ello sería así aunque solo fuera porque dejaba expedito el camino de la expansión hacia el sur y hacia el Mediterráneo, porque abría el camino de la conquista de las grandes ciudades meridionales, de nuevas posibilidades de colonización agraria y de desarrollo comercial, generando de esta forma una dinámica de cambios de muy largo alcance: «Se puede asegurar —indicaba Sarasa al constatar tales hechos—, que la historia de España cambió desde dicho acontecimiento, pues suponía el final de una época de avances, logros y descalabros y el comienzo de las grandes conquistas de metrópolis y enclaves estratégicos, así como de estabilización fronteriza entre musulmanes y cristianos que iba a durar dos siglos largos, hasta 1492»¹⁸.

Pero, además, se da la circunstancia de que esta victoria no llegó sola: al cabo de poco más de un año, otra batalla, la de Muret, parecía venir a confirmar el cambio de los tiempos, el paso de una época a otra. No vamos a entrar en el análisis de esta última y de su significado, pero está claro que la práctica coincidencia temporal, la conjunción de estos dos grandes acontecimientos, podría ratificar, o así al menos se ha querido ver, un giro trascendental de la historia hispánica, o aún en la europea: cuando Domínguez Ortiz se refería a la necesidad de establecer un hito cronológico que esclarezca la lógica interna de los hechos y confiera sentido a acontecimientos independientes, no estaba pensando únicamente en las Navas, sino que también tenía en mente lo sucedido en Muret: si 1212 se afirmaba la supremacía de Castilla y el final del poderío islámico en España, en 1213 se frenaba la aspiración catalano-aragonesa de atraer a su órbita la Francia meridional, quedando abocado a la expansión mediterránea¹⁹. La consecuencia casi inevitable de este planteamiento la ha extraído recientemente Ruiz-Doménec: «la historia de España se va decidir en dos batallas

17. RUIZ-DOMÉNEC, José Enrique, «El significado histórico de la batalla de Las Navas de Tolosa y sus consecuencias», en Miguel Ángel LADERO QUESADA (Coord.), *La España de los Cinco Reinos (1085-1369)*, *Historia General de España y América*, vol. IV, Madrid, 1984, p. 588.

18. SARASA SÁNCHEZ, Esteban, «La Corona de Aragón en la primera mitad del siglo XIII (Feudalización, institucionalización y proyección mediterránea)», *Fernando III y su época. Actas de las IV Jornadas Nacionales de Historia Militar*, Sevilla, 1995, pp. 379-380.

19. DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *España. Tres milenios de historia*, pp. 91-92.

campales consecutivas, con pocos meses de separación, aunque en lugares alejados entre sí», una en Despeñaperros, la otra cerca los Pirineos²⁰.

Lo que se decidió en las Navas, pues, no fue sólo el destino almohade o andalusí, sino el de la historia de España. Llegado a este punto, cabría imaginar, en un ejercicio de historia-ficción, lo que hubiera sido de España si el resultado de la batalla hubiera sido otro. Que nosotros sepamos los historiadores profesionales no han hecho este ejercicio, pero los medios de comunicación, siempre más avispados que la Academia, no han podido resistir la tentación: hace un par de años, un periódico digital navarro recordaba que el 16 de julio era «el aniversario de la batalla más importante de la Reconquista» y sentenciaba: «Según algunos analistas, la frontera entre España y Marruecos es la frontera mundial en la que existe una mayor diferencia económica entre ambos lados. Si se hubiera perdido la batalla de las Navas de Tolosa, esa frontera estaría en los Pirineos. Usted rezaría a Mahoma, no podría comer jamón ni beber cerveza. Se llamaría Hussein, Jamal o Benazir, y quizá no podría salir a la calle sin ponerse un velo»²¹.

Ficciones aparte, lo que no puede negarse es que en estas últimas interpretaciones la onda expansiva de la batalla se ha ampliado respecto a las primeras que comentamos, pero todavía puede llevarse más lejos, en la medida en que de una u otra forma acabaría incidiendo sobre el conjunto de Europa. De hecho, algunos de los protagonistas o contemporáneos de la batalla ya hicieron notar que la victoria de las Navas representaba el éxito no sólo de Castilla o de los reinos hispánicos, sino de todo Occidente: en la comunicación al Papa del resultado del combate, el propio Alfonso VIII se sentía obligado a dar gracias a Inocencio III por el auxilio que éste, al predicar la cruzada, había prestado «a toda la Cristiandad» —«pro auxilio tote christianitate impenso gratias quas possumus exhibentes»—, mientras que otro personaje presente en el acontecimiento, el arzobispo de Narbona, Arnaldo Amalarico, se regocijaba en su escrito al capítulo general del Císter, de las victorias de los «cristianos católicos» —«catholicis christianis»— sobre los enemigos de la Iglesia, incluyendo entre éstas a la de 1212, lo cual contribuía notablemente a «globalizar» el choque hispano. No hace falta decir que también para Inocencio III lo ocurrido en Las Navas tenía un alcance universal, que desde luego sobrepasaba el ámbito castellano o peninsular: después de todo él había rogado a Dios para que concediera la victoria no sólo al rey de Castilla, sino también al «populo christiano» contra *inimicos*

20. RUIZ-DOMÉNEC, JOSÉ ENRIQUE, *España, una nueva historia*, Barcelona, 2009, p. 253.

21. *Navarraconfidencial.com* de 4 de julio de 2008.

*crucis dominice*²². En fin, valga como expresión paradigmática de esta forma de entender lo sucedido el testimonio de un cronista contemporáneo del choque campal, que escribió su *Chronica* apenas un año después de la batalla, Sicardo de Cremona:

«Eodem anno scilicet 1212, Almeramomeley rex Mauritanus veniens in Hispanias cum infinita multitudine Sarracenorum minabatur non solum Hispaniam, sed et Romam, imo Europam capere universam»²³.

La idea, pues, estaba muy clara: aquel hecho no había sido una cuestión local o regnicola, sino ecuménico —europeo, occidental, si se quiere—, y por tanto sus consecuencias también lo habrían sido. Inevitablemente el lenguaje cruzadista abocaba a este tipo de interpretaciones, pero se da la circunstancia de que, lógicamente desde perspectivas distintas a las señaladas, algunos autores mucho más cercanos a nosotros tampoco han dudado a la hora de ampliar los efectos de la batalla sobre el conjunto de Europa. Una vez más Ruiz-Domènec nos ha colocado ante esta pista, ante el panorama de un Mediterráneo y de una Cristiandad cuya historia se vería condicionada por los efectos de la victoria cruzada: el éxito de las Navas vivificó al cristianismo «en sus deseos de creación de una doctrina dura frente a los enemigos de la Iglesia, externos e internos», permitió «dominar la estratégica línea meridional de la península Ibérica y desmoralizar a cualquier enemigo de la Iglesia católica. . . hizo posible la extensión de la doctrina papal y de los deseos de conquista de la Monarquía capeta sobre las tierras del Midi francés. . . Los efectos fueron aún más duraderos en el mundo mediterráneo», en la medida en que la derrota acarrió el desvanecimiento de imperio almohade y, con él, el desplazamiento de los intereses comerciales de Génova —aliada de los almohades— hacia el Mediterráneo central y a la consiguiente consolidación de los franceses y catalano-aragoneses en el occidental, «dando entrada así a un período muy diferente de la historia de Europa»²⁴.

22. «Carta de Alfonso VIII a Inocencio III, sobre la batalla de Las Navas de Tolosa», en GONZÁLEZ, Julio, *El reino de Castilla en tiempos de Alfonso VIII*, Madrid, 1960, doc. 897, p. 572; «Carta de Arnaldo Amalario, arzobispo de Narbona, al Capítulo del Cister, sobre la batalla de las Navas de Tolosa», en IBÁÑEZ DE SEGOVIA PERALTA Y MENDOZA, Gaspar, marqués de Mondéjar, *Memorias históricas de la vida y acciones del rey don Alonso el Noble, octavo de ese nombre*, Madrid, 1783, pp. CVI; «Felicitación de Inocencio III a Alfonso VIII por la victoria de las Navas», MANSILLA, Demetrio, *La documentación pontificia basta Inocencio III (965-1216)*, Roma, 1955, doc. 488, p. 521.

23. SICARDI CREMONENSIS EPISCOPI, *Chronicon*, ed. J. P. Migne, *Patrologia Latina*, tomo 213, columna 538.

24. RUIZ-DOMÈNEC, José Enrique, «El significado histórico...», *op. cit.*, pp. 587-588.

Incluso es posible señalar algunas consecuencias más: ¿contribuyó las Navas a crear las trazas permanentes del mapa político de la Europa occidental moderna? Desde luego, así lo creía Y. Renouard. A su juicio, la confluencia en tres años sucesivos —1212, 1213, 1214— de tres grandes batallas —las Navas de Tolosa, Muret y Bouvines—, o mejor dicho, los efectos de estas tres grandes colisiones forjaron, en estos años iniciales del siglo XIII, un escenario geopolítico que, en sus líneas esenciales, se mantuvo en adelante: una Europa occidental exclusivamente cristiana, «dividida en tres conjuntos groseramente definidos por las grandes áreas geográficas: los reinos británicos al norte de la Mancha, el reino de Francia entre la Mancha y los Pirineos, los reinos ibéricos al sur de los Pirineos». Pero nada de esto, que tan familiar nos resulta hoy en día, era previsible ni necesario a finales del siglo XII, cuando por el contrario, a la luz de la situación general del momento, se podía perfectamente pensar en un panorama bien distinto: una península Ibérica bajo dominio islámico, una Francia capeta disminuida, un imperio atlántico Plantagenet extendido a uno y otro lado del Canal, y un imperio mediterráneo en torno al Golfo de León, quizás a horcajadas sobre los Pirineos, dirigido por los condes de Toulouse o por los reyes de Aragón. Nada de eso era inverosímil antes del trienio 1212-1214, pero todo ello se convirtió en pura virtualidad a raíz de las tres batallas²⁵. En aquel trienio «se hizo Europa», como reza el lema de esta Semana de Estudios Medievales, y las Navas, en consecuencia, tuvo parte activa en esta construcción. Añádase la conquista de Constantinopla en 1204 y estaremos ante un escenario «en que cuatro grandes batallas habían transformado Europa»²⁶.

Contemplado desde otro punto de vista, el resultado de las Navas no sólo crea o configura el sector más meridional del mapa de Europa, sino que la salva. Algunos autores que analizan en conjunto la historia de las relaciones entre Occidente y el Islam, desde el siglo VII hasta nuestros días, no dudan en colocarla en ese selecto grupo de batallas decisivas —«las batallas más decisivas de la Historia»— que, en un momento determinado, han librado a Occidente de caer bajo regímenes o culturas extrañas a su propia idiosincrasia, choques inmensos que han salvado a Europa, tal como la conocemos hoy día o que han impedido que desapareciera: Waterloo, el Marne, Stalingrado y mucho antes de todas ellas, las Navas. Si entonces

25. RENOARD, Yves, «1212-1216. Comment les traits durables de l'Europe occidentale moderne se sont définis au début du XIII^e siècle», *Études d'Histoire Médiévale*, Paris, 1968, vol. I, pp. 77-89 [originalmente publicado en *Annales de l'Université de Paris*, 1958, pp. 5-21].

26. BURNS, Robert I., *Castillos de Razón, Castillos de Fuerza*, pp. 28-29.

no se hubiera frenado en seco a los almohades, no ya la historia de España, sino toda la historia de Europa podría haber cambiado radicalmente. En este sentido, como diría uno de ellos, 1212 fue «the year of decision», porque «the battle which was about to be fought changed the course not only of Spanish but of European history, far more than Formigny, Bleinheim, Waterloo, the Marne, or Stalingrad. Near Seville, awaiting the Christian army, ready to march toward it an engage it in battle, was the flower of Spanish Muslim chivalry... and the Almohad hordes that had come over from Africa in the hope of bringing first Spain, then perhaps all of Europe, into the fold of Allah». Aquella fue, incluso, una batalla «far more momentous than the one that Charles Martel had won at Poitiers 480 years before, the battle that saved Europe from the fate»²⁷.

Independiente del fundamento y validez de cada una de estas interpretaciones, una cuestión sobre la que volveremos más adelante, lo cierto es que en buena medida se apoyan sobre una mezcla variable de realidades objetivas y de percepciones subjetivas que contribuyeron a formar una determinada imagen de aquel hecho desde el momento mismo en que sucedió. Entre ellas, quizás una de las apreciaciones o impresiones más arraigadas sobre la batalla, que además descansa sobre una realidad constatable, es aquella que presenta a la batalla de las Navas como un acontecimiento extraordinario, esto es, como un hecho que superó el marco rutinario de la vida cotidiana y que, particularmente, desbordó el cauce ordinario de la guerra y de las relaciones habituales entre cristianos y musulmanes. Quizás por eso tuvo un enorme impacto emocional sobre las sociedades que lo vivieron y dejó una profunda huella en la memoria de las siguientes generaciones.

Desde luego, hay no pocas razones para sostener la excepcionalidad de aquel suceso: fue algo extraordinario porque en el marco general de la conflictividad bélica las batallas campales lo eran. Pero se da el caso de que la batalla de Las Navas de Tolosa es excepcional incluso cuando la comparamos con otros sucesos excepcionales de su misma categoría, es decir, cuando lo comparamos con otras batallas campales, por cuanto que al contrario que otras, la campaña que desembocó en el encuentro de mediados de julio de 1212 fue expresamente proyectada para culminar en una batalla campal, algo insólito en el mundo de la guerra medieval, lo que lo convier-

27. VIDAL, César, *España frente al Islam. De Mahoma a Ben Laden*, Barcelona, 2007 (1.^a ed. de 2004), pp. 180-183; FREGOSI, Paul, *Jihad in the West. Muslim Conquests from the 7th to the 21st Centuries*, New York, 1998, pp. 192-193.

te en un hecho excepcional dentro de su propio rango de excepcionalidad. Por otra parte, fue un acontecimiento único desde una perspectiva política porque el Papado consiguió, tras algunas décadas de fracasos, crear un frente político-militar hispánico que permitiera combinar los esfuerzos de todas las monarquías peninsulares —al menos los de Castilla, Aragón y Navarra, además de la colaboración indirecta de Portugal y León— en la lucha contra los musulmanes de al-Andalus y del Magreb. Nunca antes y nunca después los reinos cristianos peninsulares presentan este perfil unitario frente al Islam.

Por último, lo acontecido en el campo de Las Navas de Tolosa representa una operación única en su género, al menos en el contexto medieval, por las dimensiones de las fuerzas implicadas y por las magnitudes de los recursos empleados. De nuevo tenemos que repetirlo: en este terreno tampoco nunca antes, sobre el solar hispano en el que dirimía desde siglos atrás la confrontación entre cristianos y musulmanes, se habían confrontado tal cantidad de hombres ni se habían movilizados tantos medios económicos, técnicos y organizativos²⁸.

El recuerdo de las Navas quedó fijado entre los contemporáneos y las generaciones siguientes, como paradigma de excepcionalidad, como un hecho nunca antes visto: «tuvo lugar esta felicísima guerra en el lugar que llaman Navas de Tolosa —dice al respecto Lucas de Tuy—. Nunca en España hubo una guerra igual» [«Actum est hoc felicissimum bellum in loco qui dicitur Navas de Tolosa, cui in Hispania simile bellum nunquam fuit»]. Y la impresión del coetáneo fue después ratificada por los compiladores alfonsíes: «uno de los mas grandes fechos que en el mundo contescieran de quando el mundo fuera criado fasta en aquella sazón, la batalla que dizen de Hubeda fue»²⁹.

Tanto por la transcendencia de lo que parecía que los protagonistas iban a jugarse como por el volumen de hombres y materiales reunidos, el choque devino en punto de referencia de no pocas situaciones: cuando en 1247, tras la revuelta de al-Azraq, Jaime I ordenó la expulsión de los musulmanes de Valencia y los agentes del rey encargados de la custodia de aquella masa de gente se sintieron impresionados por su número —quizás unas 100.000 personas—, la medida para hacer la comparación no fue

28. GARCÍA FITZ, FRANCISCO, *Las Navas de Tolosa, passim*.

29. LUCAS, OBISPO DE TUY, *Chronicon Mundí*, ed. A. Schott, Frankfurt, 1608, reproducido en Lucas de Tuy, *Crónica de España*, ed. Julio Puyol, Madrid, 1926, cap. LXXXIII, p. 415; *Primera Crónica General*, cap. 1011, p. 689

otra que lo ocurrido en la batalla de Las Navas: «desde los que iban delante hasta la retaguardia, se extendían lo largo de cinco leguas. Decía que ni en la batalla de Úbeda se vio tanta gente junta entre hombres, mujeres y chicos». Y años más tarde, en 1264, cuando el monarca aragonés requirió la opinión de su consejo para valorar la petición de ayuda de Alfonso X, presionado por los mudéjares de su reino que acababan de rebelarse, el obispo de Huesca no podía sino aconsejarle que reuniera cortes, porque este caso era muy grave, «más aún que la batalla de Úbeda ni que otro que se diera antes en España»³⁰. Una generación después del suceso, el recuerdo de la batalla parece haberse convertido en un hecho no sólo memorable, sino proverbial.

De todas formas, lo que interesa subrayar aquí es otro aspecto de la fijación del acontecimiento en la memoria colectiva y que sin duda está relacionado con su consideración como punto de inflexión histórica: nos referimos a que la batalla se convirtió, al cabo de un siglo, en paradigma de derrota o de victoria, según el caso.

Por ejemplo, en varias ocasiones a lo largo del *Rawd al-qirtās*, el cronista Ibn Abī Zar' recuerda a la batalla de las Navas de Tolosa como aquel momento fatídico en que los musulmanes fueron vencidos para no volver a recuperarse hasta la primera incursión de los benimerines, sesenta años después: «antes de él [del emir Abū Yūsuf] los cristianos crecieron en potencia y se apoderaron de la mayor parte de al-Andalus, y no vencieron en él las banderas de los musulmanes desde la batalla del Castillo de la Cuesta –Las Navas– en 609 (1212) hasta que pasó a la guerra santa su enseña vencedora y sus tropas en el año 674 (1275)» [...] «los andaluces se alegraron con esto [de la llegada de los meriníes], porque en su país no habían vencido las banderas musulmanas desde la jornada de Hisn al-'Iqāb –Las Navas de Tolosa–, en que derrotaron los cristianos a los almohades, el año 609 (1212), hasta este tiempo. Dios sembró el miedo en los corazones de los cristianos, contra los cuales no se atrevían antes los musulmanes a combatir, ni a salir contra ellos ni a resistirlos, y por eso los cristianos se apoderaron de su país, fortalezas y ciudades, hasta que pasó la bandera victoriosa del emir de los musulmanes, Abū Yūsuf, y por ella glorificó Dios al Islam, socorrió a los creyentes y humilló a los idólatras»³¹.

30. *Llibre dels Fets del rei En Jaume*, ed. Jordi Bruguera, Barcelona, 1991, vol. II, 369, p. 280 y 380, p. 288 (citamos por JAIME I, *Libro de los Hechos*, trad. Julia Butiñá, Madrid, 2003, cap. 369, p. 407 y cap. 380, p. 417).

31. *Rawd al-qirtās*, pp. 568 y 593.

De nuevo y de manera reiterada, las Navas se presenta como hito sobresaliente en las relaciones entre cristianos y musulmanes, pero también como sinónimo de derrota, de la gran derrota del Islam, de la derrota por antonomasia, aquella que sirve como vara de medir la magnitud de otras desgracias: «El año 614 (10 de abril 1217 a 29 de marzo 1218) fueron vencidos los musulmanes en el castillo de Abū Danis —Alcacer do Sal—: esta derrota fue una de las mayores y poco menor que la de Hisn al-'Iqāb —Las Navas de Tolosa»³².

En la otra orilla, el fenómeno es inverso: a mediados del siglo XIV, el cronista de Alfonso XI tenía que buscar un éxito militar resonante con el que contrastar el que acababa de tener lugar junto al río Salado. Dispuesto a confeccionar una pieza propagandística al servicio del monarca castellano-leonés, necesitaba tomar como punto de referencia una victoria reconocida, memorable, un triunfo que hasta entonces no hubiera tenido comparación posible, porque sólo así se podría dar la medida exacta del mérito adquirido por el rey. Si, para que el contraste diese relieve a la victoria recién conseguida, tenía que seleccionar el mayor de los éxitos que hasta ese momento habían obtenido los cristianos en su lucha contra los musulmanes, la elección estaba clara: no podía ser otro que la batalla de las Navas de Tolosa.

Por supuesto, una vez hecha la comparación el cronista demostraba que la confrontación campal habida cerca de Tarifa era más virtuosa y merecía más elogios que la de Úbeda, pero el mero hecho de su elección, de la detallada reconstrucción de no pocos de sus aspectos, de la atención que se le presta, señala la consideración que se tenía del choque de 1212³³. En el mundo cristiano peninsular, las Navas de Tolosa era el símbolo de la victoria, el rasero con el que medir la relevancia de otros éxitos: «E parando mientes en todas estas cosas, pueden los omes entender, que como quier que en amas dos batallas demostro Dios muy cunplidamente grand miraglo e anbas fueron vençidas por el poderio de Dios mas que por fuerça de armas, pero paresçe que mas virtuosa fué esta sancta batalla que fue vençida cerca de Tarifa que la que se dizen de las Nauas de Tolosa que fue çerca de Vbeda, e de mas miraglo, et mas de loor, por quanto la vençieron omes de los reynos de Castilla»³⁴.

32. *Ibidem*, pp. 471-472.

33. *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, ed. Cayetano Rossel en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, Madrid, 1953, cap. CCLII, pp. 328-329; *Gran Crónica de Alfonso XI*, ed. Diego Catalán, Madrid, 1976, II, cap. CCCXXXII, pp. 439-441.

34. *Gran Crónica de Alfonso XI*, II, cap. CCCXXXII, p. 441.

Como paradigma del éxito y de la victoria frente al Islam, muchos quisieron, en las generaciones siguientes, establecer un vínculo con ella: cualquier noble dispuesto a ensalzar y glorificar a su linaje, no tenía sino que remontar sus orígenes a la batalla, recordar o inventar la hazaña de algún antepasado durante aquel combate³⁵. Baste pensar, por ejemplo, en la larga lista de linajes nobiliarios que acabaron adjudicando a algún antepasado suyo el extraordinario mérito de haber sido el primero en asaltar el palenque que defendía a la tienda del califa almohade o de romper las cadenas que ataban a los miembros de la guardia negra del Miramamolín. Gonzalo Argote de Molina dio buena cuenta de todos aquellos que incluyeron en sus escudos de armas alguna alusión a las cadenas, a la cruz que apareció durante la batalla u a otros signos alusivos a aquella jornada. Y es que, como afirma el citado autor, «fue tan grande el concurso de todos los nobles de los reinos de España, para hallarse en esta batalla, que apenas quedó rico hombre ni hijodalgo en toda Castilla, Aragón y Navarra que pudiese tomar Armas, que no se hallase en ella. Y así se les puede dar con mucha razón crédito a todos los nobles, que por razonables conjeturas se preciaren, haberse hallado en ella sus antecesores. Y así, por tradiciones antiguas de algunos otros linajes consta haberse señalados en esta batalla sus pasados, y haber quedado memoria de ello en sus escudos»³⁶. Como bien se sabe, tampoco la heráldica del reino de Navarra escapó a esta tentación³⁷. Sin duda, las Navas se había convertido sinónimo de gloria.

Por contrario, para los musulmanes, como signo de la derrota y la vergüenza, su mero recuerdo podía resultar infamante o insultante. Sólo una anécdota para ilustrar lo que queremos decir: poco antes de que Jaime I emprendiese la conquista de las Baleares, el rey de Mallorca apresó a una tarida catalana cargada de mercancías. El joven monarca aragonés envió entonces un mensajero para que tratase sobre su liberación, pero éste fue tratado con desdén por el mallorquín quien, «con una contestación insolente y dura», se comportó como si no conociera su nombre —el del gobernante de Aragón— y le preguntó con evidente desprecio que «quién era aquel rey que reclamaba aquella tarida». Para hacer frente a tanta alta-

35. LADERO QUESADA, Miguel Ángel, «1135-1217. I. Castilla y León», en Miguel Ángel LADERO QUESADA (Coord.), *La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo IX, Madrid, 1998, p. 542.

36. ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo, *Nobleza de Andalucía*, Sevilla, 1588, lib. I, caps. XLVI-XLIX. La cita textual en fol. 45v.

37. MENÉNDEZ PIDAL, Faustino y MARTÍNEZ DE AGUIRRE, Javier, *El escudo de armas de Navarra*, Pamplona, 2000, pp. 39-53.

nería y agrandar a la figura de su señor, al mensajero le bastó responder que «era el hijo del que venció al ejército en la batalla de Úbeda». Para el catalán, ser descendiente de quien había participado en las Navas era una orgullosa expresión de distinción, pero para el musulmán mallorquín el recuerdo de la derrota era una afrenta en toda regla, y así lo interpretó: «de no ser mensajero, le habrían costado caras sus palabras»³⁸. Un mismo hecho, dos símbolos distintos, el de la victoria honrosa y el de la derrota humillante.

Bajo ningún concepto puede negarse, pues, el carácter absolutamente excepcional y memorable, pronto convertido en proverbial, de aquel acontecimiento histórico, ni tampoco su impacto sobre los contemporáneos ni la conciencia que muy pronto surgió, tanto entre los protagonistas como entre las siguientes generaciones, de que las Navas era el paradigma de la victoria o de la derrota y de que representaba, en fin, un punto de inflexión en las relaciones entre cristianos y musulmanes. Pero, ¿realmente lo fue? La percepción que de lo ocurrido en el verano de 1212 se tuvo de manera inmediata y que se consolidó a lo largo del siglo y medio siguiente, ¿justifica por sí misma su consideración de «batalla decisiva», entendida ésta como un choque que altera de manera sustancial la dirección de los asuntos políticos o provoca todo tipo consecuencias a corto o medio plazo en las sociedades implicadas?

A nuestro juicio, la respuesta a estas cuestiones no puede ser simple ni solventarse con una frase brillante y contundente, sino que requiere un análisis detallado de las circunstancias que permita discernir y matizar en qué sentido o en qué planos de la realidad histórica puede considerarse a lo ocurrido en Las Navas como un hecho determinante de la historia medieval hispánica y, en segundo lugar, evaluar hasta qué punto la victoria del ejército cruzado supuso realmente una inflexión en las dinámicas políticas peninsulares y en el conflicto territorial que venía dirimiéndose desde siglos atrás.

A este respecto, quizás lo primero que deba subrayarse es que, a pesar de que la opinión en torno al carácter decisivo de la batalla para la historia de España es mayoritaria, tanto entre los medievalistas como entre histo-

38. «vós responés-li molt bravament e dura e dixés-li qui era aquel rey que aquela terida demanava, e él respòs-vos que aquest era fiyl d'aquel qui vencé la batayla a la ost d'Úbeda; e vós esquivàs-vos e fos somogut contra él e dixés-li que, si no fos perquè era missatge, que mala hauria dita aquella paraula», *Llibre dels Fets del rei En Jaume*, ed. Jordi Bruguera, Barcelona, 1991, vol. II, 77, p. 89 (citamos por la trad. de Julia Butiñá, cap. 77, p. 161).

riadores, ensayistas y divulgadores, lo cierto que es que algunos autores han advertido ya sobre las exageraciones implícitas en muchos de aquellos juicios. Tal vez no deje de ser significativo que sean precisamente quienes con más detenimiento y detalle se han dedicado al estudio de la batalla y de su contexto, los que hayan cuestionado la magnitud real de las consecuencias del choque.

Y entre estos, por supuesto, ocupa un lugar relevante la opinión de Ambrosio Huici Miranda. Quizás haya sido este autor, en muchos sentidos pionero no sólo en el análisis del encuentro, sino también en la investigación sobre el imperio almohade y sobre las fuentes para su conocimiento, uno de los primeros en rebajar el alcance o los efectos de la batalla, en el entendimiento de que la trascendencia que tradicionalmente se le había otorgado resultaba sobrevalorada. Desde su punto de vista, un resultado diferente, una victoria almohade en las estribaciones de Sierra Morena, no habría alterado sustancialmente determinadas tendencias de fondo. Seguramente una eventualidad como ésta, una derrota del ejército cruzado liderado por Alfonso VIII, similar a la de Alarcos, hubiera significado un contratiempo que hubiera retrasado el avance territorial cristiano, pero a medio plazo no hubiera podido detenerlo. Y ello sería así porque, independientemente de lo que ocurrió en las Navas, el imperio almohade hubiera acabado hundiéndose de todas formas debido a sus propias debilidades internas, a sus contradicciones y a la creciente presión de los meriníes en el norte de África, y cuando esto ocurriera la suerte del Islam peninsular, expuesto a los ataques de sus vecinos del norte, no habría sido distinta de la que fue³⁹.

Con posterioridad otros especialistas, a la hora de evaluar «las consecuencias de las Navas», han instado sobre la necesidad de distinguir entre «realidades, imágenes» y «símbolos», resaltando la fuerte carga propagandística —destinada a justificar y exaltar el triunfo o magnificar la derrota, según el caso— que impregna los relatos de esta batalla, así como su pronta configuración como símbolo de unidad y restauración hispana, y todo ello en contraste con una realidad bélica que venía a demostrar que «en verdad, las batallas «decisivas» no lo eran tanto»⁴⁰.

39. HUICI MIRANDA, Ambrosio, *Historia política, del Imperio Almohade*, 2 vols., Tetuán, 1956-1957 [Ed. Facsímil con estudio preliminar de E. Molina López y C. Navarro Oltra, Granada, 2000], pp. 427-428 y 432. Las mismas ideas en *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas (almorávides, almohades y benimerines)*, Madrid, 1956 [Ed. Facsímil con estudio preliminar de E. Molina López y C. Navarro Oltra, Granada, 2000], p. 278.

40. LADERO QUESADA, Miguel Ángel, *1135-1217. I. Castilla y León...*, *op. cit.*, pp. 541-543.

En otras ocasiones, al analizar el retroceso territorial de al-Andalus después de las Navas, se ha preferido tener en consideración otros factores más complejos, menos llamativos, pero quizás más determinantes a medio o largo plazo que el resultado de la batalla, tales como la incapacidad andalusí para crear su propia estructura militar o la falta de integración real de los componentes que formaban parte del Imperio almohade: por espectaculares que fuesen, se concluye, el destino de al-Andalus no dependía de los efectos inmediatos de un choque campal. Y el mismo escepticismo parece mostrar Martín Alvira cuando, en un capítulo realmente magistral de su obra, se cuestiona hasta qué punto y en qué sentidos la batalla representa «el fin de un era»: el acontecimiento no tuvo parangón en su época y las implicaciones mentales o psicológicas sobre ambas sociedades fueron enormes, pero «en realidad, de igual forma que la victoria de Las Navas de Tolosa no decidió la Reconquista, la derrota de al-'Iqāb tampoco precipitó la disolución del Imperio Almohade». En fin, como recientemente se ha vuelto a poner de manifiesto, a pesar de su excepcionalidad y de su extraordinaria resonancia, «tal vez se haya exagerado mucho el alcance de esta batalla, que desde luego no produjo la derrota definitiva de los almohades»⁴¹.

También desde nuestro particular punto de vista la tradicional consideración de «batalla decisiva» aplicada a las Navas requiere algunos matices porque entendemos que, si bien desde algunas perspectivas podría tenerse como tal, desde otras, desde luego, no. Dado que tanto aquellas interpretaciones que sostienen que la batalla de las Navas de Tolosa fue decisiva para el devenir de la historia de al-Andalus, de la historia de España o de la historia de Europa occidental, como para aquellas otras que rebajan su trascendencia, el núcleo de la cuestión radica en la gravedad de los efectos de la derrota sobre la estabilidad del califato almohade —o en los efectos de la victoria como acelerador definitivo de las conquistas cristianas en el sur peninsular— resulta necesario precisar algunos extremos sobre estas cuestiones⁴².

41. VIDAL CASTRO, Francisco, «Al-'Iqāb, Las Navas de Tolosa en las fuentes árabes», *I Jornadas de Estudios Históricos «La batalla de Las Navas de Tolosa»*, Jaén, 1998, p. 31; AJVIRA CABRER, Martín, *Guerra e ideología en la España Medieval: cultura y actitudes históricas ante el giro de principios del siglo XIII. Batallas de Las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2000, pp. 556-588, la cita en p. 577; MANZANO MORENO, Eduardo, *Épocas medievales*, en *Historia de España*, dir. Josep Fontana y Ramón Villares, vol. 2, Madrid, 2010, p. 412.

42. Tuvimos ocasión de exponerlos, con más detalle en GARCÍA FITZ, Francisco, *Relaciones políticas y guerra. La experiencia castellano-leonesa frente al Islam. Siglos XI-XIII*, Sevilla, 2002, pp. 145-176.

Quizás convenga comenzar por la situación creada a un lado y a otro de la frontera inmediatamente después de la batalla. Lo primero que llama la atención es que, si prescindimos de los juicios de los contemporáneos y nos centramos fríamente en la sucesión de los acontecimientos posteriores, resulta evidente que el gran choque campal ni provocó una ruptura inmediata del edificio político-militar almohade ni facilitó la conquista cristiana a gran escala. Habrá que esperar más de una década para observar los primeros síntomas claros de la crisis del imperio norteafricano y todavía un poco más para que la expansión de los reinos del norte se convierta en avalancha.

Que la derrota del califa al-Nāsir no supuso el hundimiento de su imperio presenta pocas dudas: desde luego el fuerte impacto que debió causar el desastre no sólo no conllevó el colapso general de la estructura política almohade, sino que ni siquiera llegó a neutralizar o a paralizar del todo —sólo lo hizo en algún sentido, como veremos— la maquinaria militar del estado, como cabría haber imaginado tras una derrota campal de aquella magnitud. De hecho, la reacción bélica musulmana fue inmediata: en septiembre de 1212, esto es, pocas semanas después de la victoria de los cruzados en las Navas, los gobernadores almohades de Jaén, Granada y Córdoba conservaban todavía suficiente capacidad bélica, organizativa y estado de ánimo como para intentar la recuperación de algunas de las fortalezas que los cruzados habían conquistado en el anterior mes de julio —Baños, Tolosa, Ferral y Vilches—. Es verdad que fracasaron en su intento, pero al cabo de unos meses sí consiguieron tomar algunas localidades en la frontera oriental —Cuevas de Garaudén y Alcalá del Júcar—, de las que serían desalojados poco después —1213— por las tropas de Alfonso VIII, que además ampliarían sus anexiones con la incorporación de otros lugares de la zona —Dueñas (Calatrava la Nueva), Eznaveroxe, Alcaraz y Riopal—⁴³.

El hecho de que estas operaciones se saldaran con fracasos no resta fuerza a la evidencia de que la estructura bélica norteafricana, al menos en al-Andalus, se mantenía en pie y que procuraba articular una respuesta militar a las pérdidas militares y territoriales sufridas durante el verano de 1212. En algún caso, además, sus acciones presentan cierta contundencia e incluso profundidad: a lo largo del año 1213 una hueste castellana procedente de Talavera fue aniquilada cerca de Sevilla. Quizás sea a ella a la que

43. *Anales Toledanos I*, ed. Julio Porres Martín-Cleto, *Los Anales Toledanos I y II*, Toledo, 1993, pp. 174-177; *Crónica Latina de los Reyes de Castilla*, introducción, texto crítico, traducción, notas e índice de Luis Charlo Brea, Cádiz, 1984, pp. 36-37 [en adelante: *CLRC*]; *HRH*, Lib. VIII, cap. XIII.

se refieren Ibn Jaldún y otros cronistas musulmanes cuando dan cuenta de una expedición cristiana que tuvo lugar tras la vuelta del califa al norte de África, en la que los atacantes fueron derrotados en las inmediaciones de aquella ciudad, «un succès» que, a juicio del cronista, «releve, pour quelque temps, le courage des musulmans». En contrapartida, una cabalgada musulmana algareó con éxito inicial las inmediaciones de Toledo: aunque fueron derrotados durante la persecución por la milicia toledana, tuvieron tiempo de robar y de hacer numerosos cautivos, que serían asesinados durante el encuentro⁴⁴.

Por otra parte, el desarrollo de los acontecimientos que se desarrollaron durante la siguiente década demuestra palpablemente lo que anteriormente adelantábamos, esto es, que ni la batalla había acabado con los almohades ni el empuje conquistador cristiano resultaba incontenible. La prueba más evidente de ello es que entre 1214 y 1224 las fronteras entre los reinos del norte y al-Andalus apenas experimentaron cambios.

Cabría argumentar que si el hundimiento del imperio norteafricano no se produjo inmediatamente después de la batalla de las Navas ello no fue debido tanto a la capacidad de resistencia de los almohades, cuanto al desarrollo de algunas circunstancias que acarrearían cierto grado de tranquilidad militar y que les otorgarían un respiro coyuntural. De un lado, las catástrofes naturales: un período de epidemias, carestía y malas cosechas entorpeció extraordinariamente a la actividad bélica castellana entre la segunda mitad del año 1212 y 1214. Recuérdese, a este respecto, que la campaña de las Navas ya se había tenido que interrumpir bruscamente apenas unos días después de la batalla como consecuencia, entre otras causas, de distintas enfermedades que golpearon a hombres y a animales, y no sólo a los que estaban en la hueste, sino también a los de toda Castilla⁴⁵. Unos meses más tarde, a principios de 1213, Alfonso VIII inició la campaña que culminaría con las conquistas de Dueñas y Alcaraz a pesar del flagelo de las enfermedades, mientras que durante todo ese año y el siguiente las heladas de invierno y la sequía de primavera malograron las cosechas hasta el punto de que en la región de Toledo llegaron a despoblarse algunas aldeas: «en este año fizo elada en October, e en November, e Janero, e Febrer, e non lovio en Marcio, ni en Abril, ni en Mayo, ni en Junio, o nunca tal mal

44. *Anales Toledanos I*, pp. 177-178; IBN KHALDOÛN, *Histoire des Berbères et des Dynasties Musulmanes de L'Afrique Septentrionale*, IV tomes, traduite de l'arabe par Le Baron de Blanc, édition publiée sous la direction de P. Casanova, Paris, 1969, vol. II, p. 226; AL-HIMYARÍ, *Kitāb ar-Rawd al-mi'ār*, pp. 392-393.

45. HRH, Lib. VIII, cap. XII, *CIJC*, p. 35.

anno fue, e no cogiemos pan ninguno, e fugieron los quinteros e ermaronse las Aldeas de Toledo»⁴⁶.

No cabe duda de que este estado de cosas afectó negativamente a la dinámica militar castellana: en febrero de 1214 Alfonso VIII se vio obligado a levantar un asedio sobre Baeza, tras tres meses de sitio, por falta de víveres y a su vuelta a Toledo tuvo que abastecer la fortaleza de Calatrava y otros castillos de la frontera que corrían el riesgo de ser abandonados por sus guarniciones por falta de alimentos. El canciller Juan de Osma describía con tintes de maldición bíblica la situación por la que pasaba Castilla en aquellos días: «Illo nempe anno tanta fuit fames in regno Castelle, presertim ultram serratam, et Extremadura, quanta nunquam uisa fuit ne audita in terris illis a seculis antiquis. Moriebantur siquidem homines cateruatim, ita quod uix erat qui sepeliret»⁴⁷.

De otro lado, los problemas dinásticos y políticos también pudieron amortiguar los efectos de la guerra contra los almohades: uno de los grandes impulsores de la actividad bélica contra los musulmanes durante los últimos años y protagonista indiscutible del éxito de las Navas, Alfonso VIII de Castilla, murió en 1214. Su heredero, Enrique I, era menor de edad y, además, también falleció al poco tiempo. El acceso al poder de Fernando III en 1217 podría haber cambiado el panorama de inactividad, pero las complicadas relaciones con Alfonso IX durante los primeros compases de su reinado no animaban a abrir otro frente. En Aragón, las cosas no fueron distintas: el entusiasta compañero de Alfonso VIII en la lucha contra el Islam, Pedro II, pereció en 1213 luchando en Muret, y su sucesor, Jaime I tenía que encarar una minoría de edad no exenta de problemas internos⁴⁸. Por sí mismas, todas estas circunstancias explicarían un enfriamiento de la actividad militar en las fronteras meridionales y, para los almohades, un aflojamiento de la tensión, pero se da el caso, además, de que, atendiendo a algunas de las dificultades ya aludidas, en 1214 Castilla había firmado una tregua con los almohades, que se renovaría en 1221 y que estuvieron vigentes hasta 1224⁴⁹.

46. *Anales Toledanos I*, p. 177.

47. *Anales Toledanos I*, p. 181; *HRH*, lib. VIII, cap. XIII y XIV; *CLRC*, p. 38.

48. LADERO QUESADA, Miguel Ángel (Coord.), *La reconquista y el proceso de diferenciación política*, pp. 546-552 y 743-748.

49. *al-Bayān. I*, pp. 275-277 y 281-283; IBN KHALDOUN, *Histoire des Berbères*, p. 228; *HRH*, lib. VIII, cap. XIV; *CLRC*, p. 39. Una aproximación al significado de estas treguas en DUFOURQU, Ch.-E., «Les relations du Maroc et de la Castille pendant le première moitié du xiii^e siècle», en *Revue d'Histoire et de Civilisation du Maghreb*, 5 (1968), pp. 39-40.

Ahora bien, creemos que sería un error interpretar que este estado de cosas desactivó el empuje cristiano contra las fronteras de al-Andalus en estos años y que en esto radicaría la explicación de la supervivencia del imperio norteafricano, abatido o moribundo en la práctica desde las Navas, durante una década más. No fue así. A pesar de todo lo que hemos indicado, la guerra continuó en varios frentes, con una virulencia e intensidad notables y contando con no pocos recursos humanos, económicos y propagandísticos, a veces de procedencia extrapeninsular. Ciertamente ni los gobernantes castellanos ni los aragoneses estuvieron en condiciones de proseguir el conflicto con la animosidad de décadas anteriores, pero en la península —incluso fuera de ella— había otros agentes dispuestos a hacerlo: los reyes de León y de Portugal, desde luego, pero no sólo ellos.

El caso leonés resulta muy relevador a este respecto: en 1214, antes de que su vecino castellano firmase las treguas con los almohades y en connivencia y con la colaboración militar aquél, Alfonso IX tomó Alcántara⁵⁰. En adelante este monarca no cejaría en su empeño de extender su dominio al sur del Tajo: cuatro años más tarde, en 1218, encabezaba una cruzada para conquistar la ciudad de Cáceres que contó con el apoyo moral y económico de Roma, con la colaboración de los contingentes aportados por todas las órdenes militares y con el refuerzo de tropas que procedían de Gascuña, de Castilla y de otros reinos peninsulares, pero fracasó⁵¹. No obstante, no sabemos si en este mismo contexto o en circunstancias ajenas a la cruzada, por las mismas fechas un noble de origen castellano, Alfonso Téllez, tomaba Alburquerque⁵². En los años siguientes —al menos en 1222 y en 1223, si bien hay noticias de preparativos desde 1220— Alfonso IX, siempre con el decidido apoyo del Papa Honorio III, volvería a intentar la anexión de Cáceres, aunque una y otra vez sin éxito⁵³.

En la vecina Portugal una circunstancia fortuita propició un éxito notable: en el verano de 1217 una escuadra de cruzados alemanes, flamencos y de otras nacionalidades que se dirigía a Tierra Santa con motivo de la Quinta Cruzada, se vio obligada a arribar a las costas portuguesas como

50. LUCAS DE TUY, *Chronicon Mundi*, p. 416; *CLRC*, pp. 37-38; *HHE*, Lib. VIII, cap. XIII; *Anales Toledanos I*, p. 181.

51. *Anales Toledanos I*, p. 189; LUCAS DE TUY, *Crónica de España*, cap. LXXXIX, p. 422; MANSILLA, Demetrio, *La documentación Pontificia de Honorio III (1216-1227)*, Roma, 1965, docs. 148, 149 y 155.

52. MANSILLA, D., *La documentación Pontificia de Honorio III*, doc. 559.

53. *Ibidem*, doc. 339 y 369; *Anales Toledanos II*, p. 193; GONZÁLEZ, J., *Alfonso IX*, Madrid, 1944, vol. I, p. 198.

consecuencia de diversas inclemencias climáticas y tuvo que refugiarse en el puerto de Lisboa. Los obispos lusos y otros dirigentes político-militares (especialmente los maestros, priores o comendadores de varias órdenes militares) convencieron a los recién llegados para que, a cambio de sustento, se involucraran en la guerra contra los musulmanes de la península. El resultado fue la conquista de Alcaicer do Sal, después de derrotar a un ejército almohade de socorro encabezado por los gobernadores de Sevilla, Córdoba, Badajoz y Jaén⁵⁴.

Aunque Castilla mantuviera una tregua oficial con los almohades, sus recursos militares no dejaron de ser empleados durante estos años en la lucha contra los norteafricanos por distintas vías. Por una parte, en algún acuerdo establecido con la monarquía leonesa, quizás en 1218, se preveía que, aunque el rey de Castilla estuviera obligado a cumplir los compromisos de no agresión con los musulmanes, sus súbditos eran libres para prestar ayuda militar a Alfonso IX si así lo estimaban: «si hominis regis Castelle uoluerint adiuuare regem Legionis contra mauros [se indica en el citado documento], debet placere regi Castelle et regine bona fide et sine malo ingenio». De hecho ya hemos señalado que hubo fuerzas castellanas —«gientes del Rey de Castiella»— en la cruzada leonesa contra Cáceres de este mismo año⁵⁵. En la misma línea, en 1220 el Papado presionó a la monarquía castellana para que, a pesar de la tregua con los musulmanes, permitiera a los efectivos de la orden de Calatrava defenderse o tomar venganza cuando fueran atacados en sus fronteras, y al año siguiente esta misma orden y la de Santiago firmaban un acuerdo de hermandad y apoyo mutuo frente a cualquier ataque islámico, ignorando expresamente la posición diplomática de Fernando III, que acababa de renovar la tregua con los almohades⁵⁶. Por otra parte, el mantenimiento de esta tregua tampoco fue obstáculo para que en la propia Castilla el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, organizara a lo largo de 1219 una cruzada contando con los beneficios espirituales otorgados por Honorio III y con parte de los fondos recaudados en España para la financiación de la Quinta Cruzada.

54. *Annales Colonienses Maximi*, ed. K. Pertz, *Monumenta Germaniae Historica, Scriptores*, XVII, Hannover, 1861, pp. 829-831; *Rawd al-qirtās*, pp. 471-472; *Rawd al-mi'tār*, pp. 325-326; *Anales Toledanos I*, p. 188; MANSILLA, D., *La documentación Pontificia de Honorio III*, docs. 95-96 y doc. 134.

55. *Anales Toledanos I*, p. 189; GONZÁLEZ, Julio, *Alfonso IX*, vol. II, doc. 352, pp. 460-462.

56. MANSILLA, Demetrio, *La documentación Pontificia de Honorio III*, doc. 340, pp. 251-252; ORTEGA Y COTES, I.J., ÁLVAREZ DE BAQUEDANO, J.F., ORTEGA DE ZÚÑIGA Y ARANDA, P. (eds.), *Bullarium Ordinis Militiae de Calatrava*, Madrid, 1761, p. 683

Para respetar aparentemente la tregua, la expedición no se internó en al-Andalus a través de las fronteras castellanas, sino de las aragonesas, y llegó a tomar varios castillos (Sierra, Serresuela y Mira), si bien fracasó rotundamente ante las murallas de Requena, donde las bajas cristianas ascendieron a más de 2000⁵⁷.

Así pues, si exceptuamos la inacción aragonesa, no puede negarse que las iniciativas militares de los reinos cristianos contra sus vecinos del sur se multiplicaron. Se da la circunstancia, además, de que contaron con un ambiente cruzadista muy propicio para su desarrollo, vivificado al calor del IV Concilio de Letrán y de los preparativos de la Quinta Cruzada⁵⁸. Como hemos visto, Honorio III no se cansó de conceder indulgencias a todo el que se mostrase dispuesto a luchar contra los musulmanes en Hispania, se implicó activamente en la guerra peninsular predicando varias cruzadas, permitiendo la aplicación de las rentas eclesiásticas para la financiación de las operaciones e instando a emprender la guerra contra el Islam a las distintas monarquías y órdenes militares. Cruzados alemanes, flamencos y gascones se involucraron en la lucha. Los reyes de León y de Portugal combinaron sus esfuerzos y se vieron reforzados por contingentes castellanos y por los efectivos de todas las órdenes militares, tanto hispánicas como internacionales. Pues bien, toda esta suma de esfuerzos y de recursos económicos, militares e ideológicos fue insuficiente para que el dominio cristiano avanzara de manera significativa: salvo por las conquistas de Alcántara, Alcocer do Sal y Alburquerque, las fronteras de 1224 seguían siendo las mismas que las de 1213 o 1214. Los repetidos fracasos leoneses ante las murallas de Cáceres, el absoluto desastre de la cruzada de Jiménez de Rada en Requena y el hecho de que los portugueses necesitaran el concurso extraordinario e inesperado de los cruzados europeos para materializar una anexión pueden servir como contraste a los escasos logros, escasos al menos en relación a los medios empleados.

En 1218 Honorio III afirmaba que si los musulmanes se mantenían en España no era debido a su fuerza, sino a las divisiones entre los cristianos⁵⁹. En función de todo lo que acabamos de indicar, no parece que el pontífice

57. *Anales Toledanos I*, pp. 189-190; MANSILLA, Demetrio, *La documentación Pontificia de Honorio III*, docs. 207-210.

58. HEFELE, Ch.-J., *Histoire des conciles d'après les documents originaux*, tomo V, trad. francesa de H. Leclercq, Paris, 1913, parte 2.^a, pp. 1390-1395; KENNAN, E., «Innocent III and the first political crusades», *Traditio*, 27 (1971), pp. 231-250; POWELL, James F., *Anatomy of a Crusade, 1213-1221*, Pensilvania, 1986.

59. MANSILLA, Demetrio, *La documentación Pontificia de Honorio III*, doc. 155, p. 124.

tuviera razón, y la idea de que «la derrota había destruido entre los almohades la capacidad para una resistencia eficaz ante la expansión castellana» requiere, seguramente, alguna matización⁶⁰. Por el contrario, creemos que puede concluirse que, durante los doce años posteriores a su derrota en las Navas el dominio almohade sobre la península se mantuvo bastante estable, y ello a pesar de que, a la muerte en 1213 de al-Nāsir —el califa vencido en las Navas—, el gobierno del imperio recaía sobre un menor de edad, con la consiguiente incertidumbre, inestabilidad y falta de iniciativa que suele acompañar a estos períodos. Desde el punto de vista militar y del equilibrio de fuerzas, la batalla no había sido decisiva para provocar un cambio radical de posiciones: ni el imperio se había hundido ni los reinos del norte parecían una fuerza incontenible.

Es verdad, como hemos venido comentando, que muchos testimonios significativos parecen desmentir lo que acabamos de afirmar. Detengámonos en uno de ellos: afirma Ibn Abī Zar', al referir al origen de la presencia meriní en el Magreb, que éste era un pueblo nómada del sur, algunos de cuyos miembros solían adentrarse en territorio magrebí durante los veranos para aprovisionarse de cereales y apacentar sus ganados. Cuando en 1213, siguiendo estas pautas tradicionales, salieron del desierto y llegaron a los dominios almohades, «encontraron que la gente de al-Mabrib y sus ganados habían perecido, y que sus caballos, sus hombres y sus valientes habían sucumbido, y que todos habían muerto en la expedición de Las Navas; la desolación invadió el país, y lo poblaron los leones y los chacales del lugar». Según este testimonio, dicha situación fue la que animó a los benimerines a desplazarse al Magreb, en el convencimiento de que nadie se les opondría⁶¹. Pero conviene tener cuidado, porque el cronista era parcial y estaba muy interesado en perjudicar la imagen de los almohades y ensalzar a la de los benimerines, y para ello nada mejor que exagerar el descalabro de las Navas y lo desastroso de sus consecuencias, puesto que así el nuevo poder norteafricano, al que el relator servía, podía ser justificado o legitimado y ser presentado como una fuerza redentora del Islam, como por otra parte ya hemos tenido ocasión de comprobar en anteriores citas de este mismo autor⁶².

Ciertamente estos años no fueron buenos en el norte de África, como tampoco lo fueron en la península, pero no tanto como un efecto directo

60. MINGUEZ, José María, *La Reconquista*, Madrid, 1989, p. 169.

61. *Rawd al-qirtās*, pp. 538-539.

62. *Ibidem*, pp. 467-468, 568 y 593.

de la batalla, cuanto por las epidemias, las malas cosechas y las hambrunas que asolaron la región: entre 1217 y 1220 la esterilidad y el hambre fueron una constante, hasta el punto de que el año 1219 fue conocido entre las tribus masmudíes como el «año del pobre». De hecho, el mismo autor parece contradecir el punto de vista recogido en el párrafo anterior cuando, en otro lugar, sostiene que a pesar de su debilidad y de los problemas internos que comenzaban a manifestarse, los años de reinado del califa que ejerció el poder entre 1214 y 1224 —Abū Ya‘qūb al-Mustansir, el sucesor del derrotado en las Navas— «fueron de paz, tranquilidad y prosperidad», una apreciación que corrobora otro cronista tardío que afirma que «en su tiempo estuvo tranquilo el país de al-Andalus y el de Ifrīqiya, sin discordias ni rebeliones... Sus días fueron tranquilos»⁶³.

Seguramente nada hacía presagiar, entre esas fechas, lo que ocurriría a partir de 1224, o al menos no en su total magnitud y resultados. Y es que sólo entonces estallaría con toda crudeza la crisis del imperio, no como consecuencia directa del resultado de las Navas —conviene insistir—, sino debido a la eclosión problemas políticos y dinásticos que nada tenían que ver con la batalla habida una docena de años atrás. Con todo, los antecedentes de aquellos conflictos se remontan, al menos, a finales de 1213, cuando el califa derrotado en Sierra Morena fue asesinado en Marrākush⁶⁴. La sucesión recayó entonces en un menor de edad, de modo que el gobierno quedó en manos de sus parientes —sus tíos— y de los grandes jeques almohades. Ello dio lugar a luchas intestinas que debieron desestabilizar el poder del estado: «por envidia unos de otros sobre el gobierno, se enemistaron entre sí con soberbia y arrogancia; la vanidad se apoderó de los príncipes y pervirtieron las cosas; no dejaron consultar, cortaron la misericordia, fueron injustos en sus juicios y dieron el mando a los más viles de ellos, e hicieron jueces a los más perversos. Penetró la corrupción en su reino, comenzó a disminuir su religión y su territorio, pasaron sus días felices y se alejó de ellos la dicha».

Como resultado inevitable se produjo un debilitamiento del poder central y un desdibujamiento de la figura del califa, de modo que, aunque no hubiera sublevaciones abiertas contra él, «sus órdenes no eran obedecidas,

63. *Ibidem*, p. 470; *Al-Ḥulal al-Mawṣiyya. Crónica árabe de las dinastías almorávide, almohade y benimerín*, traducción de Ambrosio Huici Miranda, Tetuán, 1951, p. 191. La referencia a las malas cosechas de esos años en *al-Bayān I*, p. 279.

64. IBN 'IDĀRI, *al-Bayān I*, p. 274; IBN ABĪ ZĀR, *Rawd al-qirās*, p. 469. Sólo Al-Marrākushī sostiene que falleció de muerte natural (ABŪ MUHAMMAD 'ABD AL-WĀHĪD AL-MARRĀKUSHĪ, *Kitāb al-Mu'īb fi Taljās Ajbār al-Magrib*, traducción de A. Huici Miranda, Tetuán, 1955, p. 268).

y cada gobernador hacía en su provincia lo que quería, con toda independencia». Como hemos tenido ocasión de comprobar en páginas anteriores, esto no se tradujo en una crisis militar, por cuanto que los gobernadores provinciales de al-Andalus conservaron poder e iniciativa suficiente para hacer frente a los retos que le plantearon sus vecinos del norte, pero sin duda descompuso los resortes del edificio político almohade. Como subrayaría un cronista musulmán tardío, su reinado fue tranquilo, pero también representó «el fin de la grandeza del imperio de los almohades»⁶⁵.

Hasta tal punto sería así, que cuando el califa Abū Yaʿqūb fue asesinado en 1224, el hundimiento fue repentino y estruendoso: al carecer de un sucesor directo en la línea dinástica, que había sido el sistema de sucesión empleado por los almohades y que hasta entonces había garantizado la estabilidad en cada trance hereditario, distintos parientes, apoyados por cortesanos y jeques almohades enfrentados entre sí, se disputaron el poder abiertamente. La crisis que se puso en marcha entonces es compleja, pero dada su trascendencia merece la pena recordar algunos de sus trazos: inicialmente, tras el asesinato del califa, fue proclamado un tío abuelo del fallecido, Abū Muhammad al-Majlūʿ, sostenido por una parte de la corte almohade. Sin embargo, una vez rota la línea directa de sucesión, otros miembros de la familia también podían alegar legítimos derechos sucesorios, especialmente si contaban con el apoyo de determinadas facciones cortesanas y de algunos influyentes jeques almohades, y eso fue lo que ocurrió: en marzo de 1224 Abū Muhammad al-ʿĀdil, hasta entonces gobernador de Murcia, se rebeló contra al-Majlūʿ y se proclamó califa, siendo reconocido por casi todos los gobernadores de al-Andalus (así los de Sevilla, Córdoba, Málaga y Granada). Pero no por todos: el de Valencia mantuvo su fidelidad a al-Majlūʿ, de modo que el conflicto no se limitó a un enfrentamiento entre almohades situados a uno y otro lado del Estrecho, sino que en la propia al-Andalus se reproducía la fragmentación de la elite dirigente. En septiembre de 1224 al-Majlūʿ fue asesinado y al-ʿĀdil extendió su poder al Magreb, con lo que la unidad parecía recomponerse, pero fue sólo un espejismo: en apenas unas semanas se produjo un nuevo conflicto, esta vez a causa de la rebelión contra el califa de ʿAbd Allāh, conocido como *el Baezano*, un antiguo gobernador de Sevilla resentido por su traslado a Córdoba, que siendo hermano del de Valencia —recuérdese que éste no había reconocido a al-ʿĀdil— podía temer alguna represalia en cuanto el

65. Para todo lo anterior seguimos a IBN ABĪ ZAR, *Rawd al-qirās*, pp. 468-473 y 537; IBN KHALDOUN, *Histoire des Berbères*, pp. 227-229; *Al-Hulal al-Mawṣiyya*, p. 191.

califa consolidara su poder. Lo cierto es que ‘Abd Allāh encontró refugio en Baeza y allí se proclamó a su vez califa, para lo cual contó no sólo con el apoyo de los habitantes de la zona, sino también con el auxilio militar de Fernando III⁶⁶.

La trascendencia política del fortalecimiento de los jeques en el gobierno almohade, su influencia en la elección de califas al margen de cualquier norma sucesoria y su potencial destructivo, no pasaron desapercibidas a los historiadores posteriores: expresivamente, Ibn Abi Zar’, al referir la deposición de Abū Muhammad al-Majlū’, recordaba que «fue el primer descendiente de ‘Abd al-Mu’min destronado y asesinado, pues no había sucedido esto con ninguno de los reyes almohades. Los jeques almohades fueron en adelante para ellos lo que los turcos para los ‘Abbasíes, y ésta fue la causa de la ruina de su imperio, de la decadencia de su poder y de la muerte de los reyes y de sus jeques»⁶⁷.

Cuatro califas en unos meses, tres de ellos combatiendo entre sí en territorio andalusí, una élite cortesana dividida y enfrentada, los pilares sociológicos del movimiento unitario fragmentados. Esa era la cara de la crisis y, como hemos adelantado, en Castilla no tardaron en reconocer su potencialidad. No deja de ser significativo, a este respecto, que fuera en este mismo año, 1224, cuando Fernando III decidiera reemprender la guerra contra el Islam. Al canciller Juan de Osma no le cabía la menor duda sobre la relación existente entre aquella discordia y el renovado impulso conquistador castellano. Por lo que a nosotros interesa, resulta evidente que para aquel contemporáneo tan bien informado, cuando Fernando III proclamaba en la corte de Muñó su intención de reemprender la guerra contra el Islam después de una década de treguas, afirmó que «la puerta está abierta y el camino expedito. La paz nos ha sido devuelta en nuestro reino; discordia y profundas enemistades entre los moros sembradas y riñas de nuevo originadas», o cuando constataba que «entre los poderosos de aquella tierra se originó tanta discordia cuanta no pudo sosegarde de ninguna manera y aún dura, y ojalá dure para siempre...», en absoluto se refería a los efectos de las Navas, sino a los de la disolución del imperio almohade acontecida a partir de 1224, un proceso por cierto que el cronista se encarga de relatar con cierto detalle. Las palabras de Isaías le sirvieron

66. Sobre todo esto véase IBN ‘UJAYR, *al-Bayān*. I, pp. 287-290 y 298; IBN KHALDOUN, *Histoire des Berbères*, vol. II, pp. 229-231; IBN ABĪ ZAR’, *Rawd al-qirās*, pp. 473-477; AL-HIMYARI, *Kitāb ar-Rawd al-mitār*, pp. 122-126 y 140-147

67. *Rawd al-qirās*, p. 476.

para extraer la pertinente lección histórica: «¡Ay de til, devastador nunca devastado; saqueador nunca saqueado; cuando acabes de devastar, te devastarán a ti; cuando termines de saquear, te saquearán a ti»⁶⁸.

¿Significa todo esto que la batalla de las Navas de Tolosa no fue decisiva en modo o sentido alguno? En absoluto. Quizás no implicase directamente la desaparición de los almohades en la Península, pero hay otros planos de la realidad histórica o de las relaciones entre cristianos y musulmanes peninsulares donde la incidencia del choque pudo alcanzar efectos concluyentes.

En ocasiones, por ejemplo, se ha indicado que la batalla tuvo un enorme impacto psicológico para las dos partes involucradas, hasta el punto de provocar en ellas un cambio mental, una mutación en la percepción de la realidad política y militar. De manera particular, ha sido Martín Alvira quien ha subrayado esta vertiente del resultado del choque: hasta principios del siglo XIII, los reinos del norte habrían vivido con una constante sensación de peligro en sus fronteras que, sin duda, debió incrementarse a raíz de las campañas almohades de la década de los años 90, tanto contra Portugal como contra Castilla, de las que la derrota de Alarcos no habría sido sino su expresión más acabada. El desastre de Hattin, al otro lado del Mediterráneo y el fracaso de la cruzada organizada inmediatamente después para resarcir los daños no habrían hecho sino extender el miedo por todo Occidente, que bien podía sentirse amedrentado, presionado en sus fronteras por un Islam aparentemente todopoderoso en el este y en el oeste. En este contexto, la victoria de las Navas se habría sentido en el Occidente cristiano, y especialmente en los reinos peninsulares, como una liberación o como una catarsis: «abrió las mentes de testigos y protagonistas —y las de sus inmediatos sucesores— a la posibilidad de lanzarse de una forma definitiva a la conquista de al-Andalus... pudo ser el aldabonazo ideológico, casi “psicológico” diríamos, que los hispano-cristianos necesitaban para abordar con renovado vigor y confianza» la guerra contra el Islam. La concepción de la batalla como un Juicio de Dios, la idea de que el triunfo suponía el respaldo divino, habría venido a reforzar esta renacida y fortalecida creencia y seguridad en la victoria, en la idea de cruzada y en las posibilidades de la unidad de los reinos cristianos: «contemplada desde estos parámetros, la gran batalla de Las Navas de Tolosa sí representa un punto de inflexión: no tanto desde la óptica político-militar como desde la perspectiva de la ideología hispano-cristiana de la guerra». Lógicamente, en el

68. *CLRC*, pp. 62 y 64-65.

campo musulmán nos encontraríamos con la otra cara de la moneda, con el impacto psicológico provocado por la derrota, que provocaría desconfianza, generaría la convicción de que el fin de al-Andalus estaba cerca, y conduciría a la pérdida de animosidad y a una fatal paralización que dejaba la decisión militar en manos de sus enemigos⁶⁹.

Los efectos psicológicos, especialmente los que afectan a las colectividades humanas, siempre son difíciles de demostrar o de evaluar, especialmente cuando contamos con fuentes tan escasas, pero de todo lo anterior hay al menos algo que es perfectamente constatable: el poder central almohade perdió por completo la iniciativa bélica. Bien fuera consecuencia de la dramática experiencia vivida en las Navas —algún cronista musulmán refiere cómo el califa derrotado, tras llegar a Marrākush y proclamar a su hijo como heredero, entró «en su palacio y se aisló de los hombres, engolfándose en los placeres y dándose a la bebida mañana y tarde», en tanto que otro señala que la profunda tristeza en que se sumió tras la derrota fue la causa directa de su muerte, lo que en todo caso podría interpretarse como una huida psicológica frente al fracaso⁷⁰—, bien por simple incapacidad política —recuérdese la minoridad de edad de su sucesor, las disputas entre los jeques y cortesanos o la práctica independencia de los gobernadores provinciales—, lo cierto es que nunca más el estado almohade volvería a organizar una de aquellas grandes expediciones que tantos éxitos le había reportado en los años 90 del siglo XIII: del sucesor de al-Nasir un cronista subraya que «no hizo ninguna guerra en todo su reinado, ni tuvo poder para ello», y otro repite que «no hizo ninguna expedición, que se recuerde, ni campaña que se celebre»⁷¹. Los que a su muerte se hicieron con el poder, tampoco, al menos en lo que se refiere incursiones ofensivas contra los reinos cristianos del norte.

Quizás a todo ello no fuera del todo ajeno el desastre padecido en las Navas: las pérdidas de contingentes experimentados —una parte importante del contingente musulmán era profesional, así que no resultaría fácil reponer las pérdidas con otros efectivos de la misma calidad y experiencia—, los conflictos y tensiones que se vivieron durante la campaña entre efectivos andalusíes y almohades o entre las propias tribus almohades, o el miedo natural a la batalla, sensación presente en todo dirigente militar y seguramente recreado tras la experiencia de 1212, fueron factores que

69. ALVIRA CABRER, Martín, *Guerra e ideología*, pp. 567-579.

70. IBN ABÍ ZAR, *Rawd al-qirās*, pp. 468-469; *Al-Hulal al-Mawšiyya*, p. 190.

71. IBN ABÍ ZAR, *Rawd al-qirās*, p. 470; *Al-Hulal al-Mawšiyya*, p. 191; *al-Bayān*. I, p. 275.

debieron pesar mucho en la corte de Marrakech antes de plantear una respuesta masiva y centralizada a la derrota⁷². Frente a los ataques cristianos, la única respuesta posible fue de carácter local: fueron los gobernadores almohades de las principales ciudades andalusíes los que, durante un tiempo —de 1212 a 1224—, cargaron la responsabilidad de defender el territorio, pero cuando, a partir de este último año estos también se vieron involucrados en las querellas por el poder y se convirtieron en protagonistas de las discordias, su eficiencia militar también se evaporó. Al-Andalus, ahora sí, quedó inerme ante sus vecinos del norte.

En todo caso, para lo que sí resultó decisivo la batalla de las Navas de Tolosa fue para resolver el pleito territorial que, desde la conquista de Toledo en 1085, enfrentaba a cristianos y musulmanes por el control de las tierras manchegas comprendidas entre el Tajo y Sierra Morena. En esto, la consecuencia de la cruzada de 1212 fue verdaderamente relevante: las conquistas realizadas por el ejército cristiano en su marcha hacia el sur, en busca de las tropas musulmanas, fueron de una importancia innegable: las fortalezas de Malagón, Calatrava, Alarcos, Caracuel, Benavente y Piedrabuena jalonaban los principales caminos que conducían de Toledo a Córdoba, esto es, el eje central que comunicaba el valle del Tajo con el del Guadalquivir. En torno a ellos, en torno a su control, se había librado durante décadas una guerra constante, muchas veces rabiosa, entre Castilla y los almorávides, primero, y Castilla y los almohades, después. Y al cabo de tantos lustros de combate, de avances y de retrocesos, de éxitos y fracasos alternativos para cada parte, ahora, en apenas unas semanas, el dominio por aquel amplio y estratégico territorio quedaba definitivamente resuelto a favor de los castellanos. El efecto territorial de la batalla, con todo, no se quedó ahí: la anexión de otra serie de fortalezas después del choque campal —Baños, Tolosa, Ferral y Vilches—, dejaba expeditos los accesos al valle del Guadalquivir a través de Sierra Morena⁷³. Estratégicamente la importancia de estas ganancias era capital, porque dejaban puestas las bases de la futura expansión por Andalucía.

72. Sobre la profesionalidad de una parte del ejército almohade —el *yund*— véase GARCÍA FITZ, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, cap. V. Para los enfrentamientos entre andalusíes y almohades en el marco de la campaña las Navas y el elevado número de pérdidas, IBN 'IDĀRT, *al-Bayān*. I, pp. 269-270; ABŪ MUHAMMAD 'ABD AL-WĀHID AL-MARRAKĪSĪ, *Kitāb al-Mu'tib*, p. 267; AL-HIMYARĪ, *Kitāb ar-Rawḍ al-mi'tār*, pp. 277-279. Sobre el miedo y la prevención ante la batalla, GARCÍA FITZ, FRANCISCO, *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*, Sevilla, 1998, pp. 311-329.

73. *HRH*, Lib. VIII, caps. V, VI y XII; *CLRC*, pp. 28 y 34; *Anales Toledanos I*, p. 173.

Ciertamente no podemos adjudicar todas estas conquistas a los efectos directos de la batalla del 16 de julio de 1212, sino más bien al desarrollo de una gran campaña que había sido cuidadosamente planificada y bien ejecutada que duró varias semanas, pero hay que reconocer, al menos, que el éxito campal permitió afianzar, ahora de manera permanente, el control militar y político de la Meseta meridional. Un resultado distinto hubiera hecho muy difícil, quizás imposible, el mantenimiento de aquellas posiciones, y previsiblemente habría dilatado el conflicto por aquellas tierras.

Como puede comprobarse por todo lo que hemos comentado a lo largo de estas páginas, sólo desde determinadas perspectivas la batalla de las Navas de Tolosa representa un punto de inflexión en las dinámicas políticas peninsulares. Desde luego, no parece que lo sea porque pusiera fin al imperio almohade, y mucho menos porque acabase más o menos virtualmente con el Islam andalusí. Tampoco creemos que la batalla fuese decisiva para la historia de los reinos cristianos peninsulares ni que alterase sustancialmente la correlación de fuerzas entre cristianos y musulmanes: el destino de la *Reconquista* no se resolvió la mañana del 16 de julio de 1212. Obviamente, tampoco creemos que aquel día se salvase Occidente de la marea islámica. Cuanto menos, todo lo anterior resulta históricamente indemostrable.

Por supuesto, muchos de estos fenómenos sucedieron después de las Navas, pero no a causa de las Navas. No dudamos de que pueda haber excepciones, pero normalmente las dinámicas históricas son demasiado complejas como para que puedan ser explicadas de manera exclusiva en función de un acontecimiento, por extraordinario que éste sea: la desaparición del imperio almohade en la península ibérica no fue consecuencia de la batalla, sino de una profunda crisis dinástica y política que lo hundió en cuatro años. Se da la circunstancia, además, de que la magnitud y virulencia de esta crisis no pueden entenderse en toda su extensión si no tenemos en cuenta las propias contradicciones y debilidades internas del edificio sociopolítico almohade. Un análisis en profundidad de estas cuestiones nos llevaría mucho más allá del objetivo de este trabajo, pero siquiera es necesario recordar algunas de las que han destacado los conocedores del fenómeno: su amplitud geográfica y su heterogeneidad socio-cultural; la desnaturalización del mensaje religioso en torno al que se había forjado y con el que se había engrandecido —el «almohadismo»—; la difícil armonización entre aquel mensaje religioso y el malikismo imperante en todo el occidente islámico; la vigencia de unas raíces tribales que difícilmente encajaban en una estructura estatal centralizada y dinástica; el quizás nunca del todo asimilado cambio desde la original estructura política del mo-

vimiento almohade, de carácter claramente oligárquico, hacia un régimen monárquico y hereditario; el distanciamiento e incluso el desprecio que la población andalusí sentía hacia los bereberes; la aparición en el norte de África un nuevo poder competidor, el meriní, dispuesto a desalojarlos del dominio sobre el Magreb. Mientras que el belicismo almohade y su unidad política en torno a la dinastía implantada por 'Abd al-Mu'min fue eficiente frente a sus vecinos cristianos y sus contradictores musulmanes, su poder se mantuvo incólume y aquellas contradicciones y debilidades quedaron soterradas o fueron tenidas como tolerables por buena parte de la población. Pero cuando una y otra —la eficacia militar y la unidad política— comenzaron a fallar, algo que realmente sólo fue visible de manera conjunta a partir de 1224, las fracturas del aquel edificio político se hicieron evidentes y su dominio dejó de tener justificación, en al-Andalus y en el Magreb. Todo ello abocaba al sistema almohade a la disolución sin necesidad de pasar por la desgracia y el trauma de una batalla campal, como por otra parte ya había ocurrido con los almorávides el siglo anterior. Desde este punto de vista, y como ha sugerido Mina Karmi en una obra fundamental para comprender la complejidad de todo este proceso, casi podría afirmarse que la derrota de las Navas no fue la causa de la dislocación de la pujanza del Estado almohade, sino una de sus consecuencias⁷⁴.

Al otro lado del espejo, no parece descabellado suponer que el impulso expansivo de los reinos del norte se hubiera mantenido a medio y largo plazo aunque no hubiera existido aquel resonante éxito o incluso si el resultado hubiera sido completamente contrario para sus intereses: después de todo, la derrota de Alarcos no fue obstáculo para alcanzar la victoria de las Navas, más bien fue un acicate. Se podrá objetar que, una vez sucedidos los hechos, siempre resulta fácil interpretar que eran previsibles o inevitables, cuando seguramente no eran más que probables, pero hay que reconocer que en este caso las circunstancias avalan una interpretación como la que se propone: las sociedades del norte habían generado unas estructuras socioeconómicas, unos resortes políticos, un sistema de legitimidades, unas ideologías o un conjunto de representaciones mentales que

74. KARMI, Mina, *La chute de l'empire almohade: analyse doctrinale, politique et économique*, Paris, 1998, pp. 223-228 y 441. Véase también LOMAX, D.W., «Heresy and orthodoxy in the fall of Almohad Spain», *God and man in medieval Spain: essays in honour of J.R.L. Highfield*, ed. D.W. Lomax y D. Mackenzie, Warminster, 1989, pp. 37-48; VIGUERA MOLINS, M^a Jesús, *Los reinos taifas y las invasiones magrebíes (Al-Andalus del XI al XIII)*, Madrid, 1992, pp. 316-317; GUICHARD, Pierre, *Al-Andalus frente a la conquista cristiana: los musulmanes de Valencia (siglos XI-XIII)*, Valencia, 2001, pp. 165-166; MANZANO MORENO, Eduardo, *Épocas medievales*, pp. 451-453.

las impulsaban a expandirse a costa de los musulmanes. Eran sociedades organizadas por y para la guerra, necesitaban de la guerra para su propio desarrollo, crecimiento y estabilidad⁷⁵. La victoria campal ayudaba al triunfo final y a la expansión, pero no era imprescindible.

En fin, creemos que, a uno y otro lado de la frontera, los desarrollos históricos que le sucedieron eran perfectamente posibles y probables sin necesidad de que se aquella se librara la batalla o si su resultado hubiera sido distinto. Fue decisiva, quizás, en la medida en que pudo haber hecho que cambiase súbitamente la percepción que unos y otros tenían sobre el estado y el futuro del conflicto, generando confianza en unos e inseguridad en otros. Lo fue, también, aunque en concurrencia con otros factores, en tanto que contribuyó a que el estado almohade no volviese a articular una respuesta centralizada a la amenaza cristiana. Y desde luego fue determinante para la definitiva resolución del pulso militar y territorial en torno a la Mancha. Pero, en una justa evaluación de las consecuencias de las Navas, no creemos prudente ir más allá.

En función de todo esto no hace falta decir que la magnitud del giro histórico o, si se quiere, el ángulo de la inflexión ocurrida en 1212 sería mucho menor, mucho más limitado, que el que habitualmente se le adjudica. Como le ocurría al profesor Ladero Quesada, nosotros tampoco encontramos argumentos objetivos suficientes como para establecer en aquella fecha una cesura entre dos épocas distintas⁷⁶. Pero eso no quita un ápice a su importancia histórica e historiográfica. Parafraseando a aquel famoso cuento de Augusto Monterroso —«Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí»—, podría afirmarse que, después de rebajar unos grados su trascendencia histórica real, la batalla sigue estando allí.

Y es que hay acontecimientos que trascienden su objetiva importancia y su propia naturaleza para convertirse en símbolos que marcan un jalón grueso sobre el devenir de la historia. Los historiadores sabemos que muchas veces tales marcas son necesarias, en la medida en que ayudan a ordenar esquemáticamente evoluciones complejas y permiten aprehender primariamente el sentido, el ritmo y los cambios de una corriente continua. Las guerras, desde luego, responden perfectamente a estas pautas. Como ya señalara Gastón Bouthoul, «las guerras son, asimismo, nuestros

75. GARCÍA FITZ, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, cap. IV.

76. LADERO QUESADA, Miguel Ángel, «Introducción», en Miguel Ángel LADERO QUESADA (COORD.), *La reconquista y el proceso de diferenciación política (1035-1217)*, *Historia de España Menéndez Pidal*, tomo IX, p. 13.

puntos de referencia cronológicos más destacados y, quiérase o no, los límites que señalan los grandes giros de los acontecimientos»⁷⁷. Más aún, sabemos que, independientemente del grado de trascendencia objetiva de un hecho, los contemporáneos o sus inmediatos sucesores pueden percibirlo como realmente determinante para su devenir, y esta percepción también pasa a formar parte de la realidad histórica, siquiera en el plano del imaginario colectivo.

Pero los historiadores sabemos igualmente que este tipo de jalones y de percepciones también falsifican la realidad histórica en tanto que la simplifican, ignoran los matices y las continuidades, oscurecen las tendencias de fondo e iluminan escandalosamente un punto concreto de la superficie.

Muchas veces, la atenta disección del acontecimiento memorable y extraordinario pone de manifiesto que su influencia real sobre el devenir de los protagonistas es mucho más tenue de lo que ellos mismos llegan a creer. Nosotros lo sabemos porque, como historiadores, tenemos el privilegio de la distancia, pero también tenemos la obligación de aplicarlo: sin duda hay excepciones, pero normalmente cuando una derrota o una victoria altera o parece alterar radicalmente una situación es porque las condiciones del cambio ya estaban dadas o porque inflexión se había iniciado ya, aunque sin estridencias o camuflada en la vorágine de los hechos cotidianos. El giro, en fin, se habría producido antes o después, con o sin batalla. Creemos poder repetir lo que ha hemos comentado en otro lugar: Las Navas posiblemente no decidió la Historia de los estados ibéricos en la Edad Media, y quizás ni siquiera determinó la suerte final del conflicto entre Islam y Cristiandad en la Península, de modo que difícilmente, o sólo muy matizadamente, podría considerársela como un punto de inflexión en la dinámicas políticas hispánicas. Ahora bien, lo que parece indudable, dada la trascendencia que tanto los contemporáneos como la tradición historiográfica le confirieron, es que aquel acontecimiento extraordinario sirvió para confirmar de manera contundente unas evoluciones de largo alcance, unas corrientes de fondo que se habían puesto en marcha décadas atrás, tal vez ya en el siglo xi, ratificando un cambio de tendencia iniciado mucho antes y, sobre todo, convirtiéndose en un icono, en un tópico que representa y resume, con apenas un trazo, a todo un dilatado y complejo proceso histórico⁷⁸.

77. BOUTHOU, Gastón, *La guerra*, Barcelona, 1971, p. 5.

78. GARCÍA FITZ, Francisco, *Las Navas de Tolosa*, p. 546.